

**DIÓCESIS DE PAMPLONA Y TUDELA,  
BILBAO, SAN SEBASTIÁN Y VITORIA**

## **CREER HOY EN EL DIOS DE JESUCRISTO**

**CARTA PASTORAL DE LOS OBISPOS DE PAMPLONA Y TUDELA,  
BILBAO, SAN SEBASTIÁN Y VITORIA**

**CUARESMA – PASCUA DE RESURRECCIÓN, 1986**

### **SUMARIO**

---

#### **INTRODUCCIÓN (n. 1)**

Convertirse significa convertirse a Dios (n. 2)

- Dios, ¿expulsado del mundo? (n. 3)
- En Dios se juega la suerte del hombre (n. 4)
- El retorno de la religión (n. 5)

Nuestra intención (n. 6)

Estructura de la Carta Pastoral (n. 7)

#### **I.- CREYENTES Y TESTIGOS (n. 8)**

El núcleo de nuestra fe (n. 9)

La debilidad de nuestra fe (n. 10)

Las pruebas de nuestra fe (n. 11)

#### **II.- FE EN DIOS, ACOSADA EN NUESTRA SOCIEDAD (n. 12)**

La increencia

- La increencia entre nosotros (n. 13)
- Las raíces de la increencia (n. 14)

La idolatría (n. 15)

- ¿Qué son los ídolos?
- ¿Cuáles son nuestros ídolos? (nn. 16-20)

La fe deformada (n. 21)

- El Dios intimista
- El Dios de nuestros intereses (n. 22)
- El Dios popular (n. 23)
- El Dios de nuestra educación (n. 24)
- El Dios confinado (n. 25)
- El Dios diferente y distante (n. 26)
- El Dios irrelevante (nn. 27-28)

### **III.- EL DIOS DE JESUCRISTO (n. 29)**

Un Dios que busca al hombre (n. 30)

- El reinado de Dios
- La Buena Noticia de Dios (n. 31)

Dios, amigo de la vida (n. 32)

- Los gestos liberadores de Jesús
- La lucha contra los ídolos (n. 33)

Un Dios humilde (n. 34)

- El Dios oculto en la historia
- Presencia cercana y respetuosa de Dios (n. 35)

Dios es amor (n. 36)

- Dios, misterio de amor
- Creer en el amor (n. 37)
- Obedecer al Amor (n. 38)

Dios es Padre (n. 39)

- Invocar a Dios como Padre
- La obediencia al Padre (n. 40)

El Dios de los pobres (n. 41)

Un Dios crucificado (n. 42)

- La respuesta de Dios al sufrimiento
- Dios sufre con nosotros (n. 43)
- La presencia del Crucificado en nuestros días (n. 44)

Dios, futuro del hombre (n. 45)

- Dios, resucitador de la vida
- La justicia final de Dios (n. 46)

Un Dios trinitario (n. 47)

- Dios, misterio de amor trinitario
- Incorporados a la vida trinitaria (n. 48)
- Confesar la Trinidad (n. 49)

Dios, nuestra esperanza (n. 50)

#### **IV.- CONVERSIÓN AL DIOS DE JESUCRISTO (n. 51)**

Buscar al Dios de la fe

- La búsqueda del increyente
  - a) Las preguntas (n. 52)
  - b) El sentido (n. 53)
  
- La búsqueda del creyente (n. 54)
  - a) Purificar la fe
  - b) Practicar la fe (n. 55)
  - c) Testificar la fe (n. 56)
  
- Pistas y actitudes para buscar a Dios (n. 57)
  - a) Las señales (nn. 58-66)
  - b) Las actitudes (nn. 67-75)

Rescatar la fe (n. 76)

- Dios, purificador de nuestros ídolos (nn. 77-81)
- Cómo superar la tentación idolátrica (nn. 82-83)

Educar en la fe (nn. 84-85)

- Líneas básicas (nn. 86-89)
- Actitudes religiosas (nn. 90-92)

#### **CONCLUSIÓN (nn. 93-94)**

## INTRODUCCIÓN

**1.** La verdadera conversión cristiana a la que nos llama la Cuaresma no es un mero reajuste o reforma de alguno de nuestros comportamientos. Afecta, más bien, al centro mismo de la persona, al corazón mismo de la comunidad y al alma de las instituciones eclesiales.

Es una conversión que no nos orienta primariamente a los creyentes hacia ideales, valores y programas impersonales sino hacia la persona misma de Dios y la persona del hombre. Los cristianos no nos convertimos primordialmente a «algo» sino a «Alguien».

### **Convertirse significa convertirse a Dios**

**2.** De todas las relaciones que el hombre vive, quiéralo o no, sea consciente o no de ello, su relación con Dios es la relación original, la más fundamental y decisiva, ya que Dios es origen, guía y meta del ser humano. Por ello, no existe conversión genuina sin un encuentro con el rostro personal de Dios. Y puesto que este rostro se nos ha revelado definitivamente en Jesucristo, no existe conversión cristiana sin un reencuentro con Dios en Él.

Es cierto que cuando se modifica cualquiera de nuestras relaciones fundamentales, queda modificada nuestra relación con Dios. Por eso os vamos brindando en Cuaresmas sucesivas una reflexión encaminada a ir las transformando una a una. Pero es igualmente cierto que, cuando tocados por su gracia intensificamos nuestra relación personal con el Dios de Jesucristo, salen mejoradas y purificadas todas nuestras restantes relaciones.

Si este año queremos hablar del Dios de Jesucristo es porque queremos regenerar en todos nosotros esa relación básica con Él, de cuya salud depende la salud de toda nuestra existencia.

### **• Dios, ¿expulsado del mundo?**

**3.** Nunca ha sido fácil convertirse a Dios. Entre otras razones porque Dios no ha sido nunca alguien evidente y palpable para el hombre. Siempre el creyente ha gemido: «¿dónde te encontraré, Dios verdaderamente escondido?». Pero hoy esta eterna dificultad se hace más espesa en el entorno europeo y en nuestra sociedad de Euskal Herria. Dios nos parece menos «real» que en épocas pasadas. Encontramos en el mundo nuestras propias huellas más fácilmente que las de Dios.

Esta dificultad es una nueva razón para hablar de Él y un estímulo vivo para intentar hacerlo de manera responsable y evocadora. Por muy grande que sea el vacío social que hoy padezca entre nosotros su nombre, si Dios es Dios, si Él es el primer valor para el hombre, su origen y su destino, no podemos embalsamarlo en nuestro silencio.

Pronunciar ante vosotros su nombre con amor y con respeto, proclamaros nuestra adhesión, firme y frágil al mismo tiempo, a su persona, se convierte así en una necesidad de nuestra propia fe. He aquí el segundo motivo que nos induce a hablaros de Dios.

- ***En Dios se juega la suerte del hombre***

4. Pero Dios no necesita que defendamos «su estatuto» ni «sus derechos». Es la suerte del hombre la que está en juego. Afirmar auténticamente a Dios como viviente, negarlo como inexistente, despreocuparse de Él como de algo irrelevante, no son posiciones indiferentes ni para el presente ni para el futuro de la familia humana.

Cien años de «muerte lenta de Dios» en la conciencia europea parecen sugerir que el ocaso de Dios está indisolublemente unido al ocaso del hombre. A medida que Dios es reducido al silencio y expulsado de la plaza mayor de nuestra vida, el hombre, lejos de humanizarse, se deshumaniza. Pierde norte y vigor para su conducta ética. Se le oscurece el sentido de su existencia. Enferma su alegría y se debilita su misma voluntad de vivir. Es verdad que la historia conoce muchas atrocidades cometidas «en nombre de Dios». Pero no es menos cierto que un mundo sin Dios es, para el hombre desolado, un desierto desolador.

Por esto queremos contribuir mediante esta Carta a rescatar y purificar esta fe machacada y manchada entre todos, porque estamos persuadidos de que Dios es el mejor guardián y el mayor amigo del hombre.

- ***El retorno de la religión***

5. Sociólogos relevantes detectan, no sin sorpresa, este retorno. Creyentes y pastores lo saludan con una alegría no exenta a veces de un optimismo excesivamente ingenuo.

Son tenues aún, pero reales, los signos de este despertar de la conciencia religiosa: la oración se revaloriza, los grupos cristianos comunitarios se multiplican, la confesión de la propia fe en ambientes hostiles o extraños se abre paso lentamente, la solidaridad con los marginados se hace efectiva en el surco mismo de la vida eclesial. Detectamos estos datos en grupos todavía reducidos pero significativos. ¿No estará naciendo una piel fresca y nueva debajo de la piel envejecida y a veces quemada de la fe anterior? ¿Cuáles son las tendencias genuinas y las tentaciones de esta fe renaciente? ¿Cuáles sus motivos auténticos y sus motivaciones espúreas?

Acercarnos con ojos despiertos a este fenómeno apasionante, discernirlo a la luz de criterios evangélicos, fomentar sus dimensiones positivas y detectar sus

desviaciones es una tarea que bien se merece nuestra dedicación. Esta Carta quiere aportar su grano a dicha tarea.

## **Nuestra intención**

**6.** Nuestro objetivo principal es anunciar al Dios de Jesucristo como Buena Noticia para los hombres y mujeres de nuestra época y de nuestra tierra sobresaltados por tantas noticias tristes y preocupantes. Queremos suscitar, en nosotros y en vosotros, la alegría sobria y verdadera que nace de la fe en Dios.

Pensamos, en primer lugar, en los creyentes de fe neta aunque a veces turbada. Estas páginas pretenden acrecentar en ellos la audacia y el gozo de creer. Purificar la imagen de Dios, siempre deformada por el corazón del hombre. Robustecer su actitud de vivir ante Dios, acogiéndole, confiándose, respondiéndole, comprometiéndose.

Tenemos asimismo presentes a muchos creyentes sinceros que sufren porque su fe y su experiencia humana constituyen dos mundos casi incomunicados entre sí. Intentamos ayudarles a descubrir en el corazón mismo de su experiencia individual, familiar, profesional y social, las huellas del Dios vivo. Deseamos mostrarles cómo ir logrando progresivamente, en la medida posible, la unidad interior que nace de la coherencia entre su fe y su experiencia vital.

Recordamos igualmente a la gran muchedumbre de creyentes que, manteniéndose fieles a una práctica religiosa habitual o, al menos, frecuente, conciben o viven su comportamiento religioso como una parcela de su existencia que tiene escasa incidencia en el conjunto de las áreas de la vida humana. A ellos quisiéramos ayudarles a descubrir que la fe en el Dios cristiano está llamada a inspirar, unificar y transformar todas nuestras dimensiones y todos nuestros dinamismos.

Queremos dirigirnos también a los creyentes de fe más descuidada que dicen «creer en algo», sin que esa creencia sea, de manera apreciable, orientadora ni motivadora de su comportamiento. Esta Carta intenta desvelar para ellos el rostro personal de un Dios que altera la vida del hombre y «no le deja en paz» hasta apearle de sus ídolos y conducirlo a la paz verdadera de una relación viva y comprometida con Él.

No podemos, por último, olvidar a aquellos conciudadanos que no creen en Dios. Algunos confiesan no poder adherirse a una fe que quisieran compartir con nosotros. Otros estiman que la misma pregunta acerca de Dios carece no sólo de utilidad, sino de respuesta e incluso de sentido. Existen también quienes estiman que hay que sustraer de este pueblo nuestro la idea misma de Dios, enemiga pública de nuestra libertad individual y de nuestra identidad colectiva. Nuestra Carta quiere ser también un diálogo amigable y respetuoso con todos ellos. Queremos examinar los motivos que les condujeron a la increencia y les mantienen en ella y dejarnos interpelar por estos motivos. Ante ellos queremos formular limpia y noblemente nuestra fe, cuestionada por motivos semejantes a los suyos, pero sostenida y afirmada en medio de las dificultades. Deseamos

firmemente que la manera de vivir y formular nuestra fe les resulte, a su vez, interpeladora de su increencia.

## **Estructura de la Carta Pastoral**

7. En la *primera parte* confesamos y exponemos nuestra fe en Dios con sus firmezas y flaquezas, sus certidumbres y oscuridades. Queremos presentarnos ante vosotros como creyentes de carne y hueso, gozosos de creer en Dios pero ni orgullosos ni acomplejados por ello.

La *segunda parte* está destinada a describir, comprender y valorar algunas actitudes de los hombres y mujeres de nuestra tierra ante Dios: la increencia, las idolatrías, las deformaciones de la fe. No se trata de una descripción totalmente exterior a nosotros mismos. Nos sabemos habitados interiormente por estas tentaciones.

La *tercera parte* está destinada al anuncio del Dios que se nos revela en Jesucristo. Intenta presentar al Dios en quien creemos los cristianos con esta doble preocupación de subrayar los principales elementos revelados de nuestra experiencia creyente y de acentuar aquellas dimensiones del Dios cristiano más necesarias para purificar y confortar la fe de los creyentes y más adecuadas para suscitar en los increyentes la inquietud religiosa y el atractivo hacia Dios.

Por último, en la *cuarta parte*, nos dejaremos juzgar por el anuncio del Dios de Jesucristo y sugeriremos pistas y actitudes que nos preparen a todos, creyentes e increyentes, a la gracia de un verdadero encuentro con Él.

## I.- CREYENTES Y TESTIGOS

**8.** Sabemos que la primera misión del obispo es confortar en la fe a los que creen y suscitarla en los que no creen. Pero estamos persuadidos también de que nadie conforta o suscita la fe de los demás sin exponer la propia.

No se nos hace fácil hablaros de nuestra fe. Cada uno de nosotros la vivimos desde nuestra propia condición personal y nuestra propia respuesta a Dios. Por otra parte, sabemos que la fe se muestra con la vida diaria más que con las palabras.

Nuestra fe no es muy diferente de la de muchos de vosotros, sacerdotes, religiosos y creyentes de nuestras comunidades. Con vosotros somos creyentes; para vosotros somos pastores. Si hablamos de ella es para compartirla con vosotros y ayudarnos mutuamente a estimarla, purificarla y robustecerla cada vez más.

### **El núcleo de nuestra fe**

**9.** Creemos en el Dios de Jesucristo. Para nosotros, esto no significa afirmar de manera general la existencia de Dios sino reconocerle y acogerle como Dios real de nuestra vida.

Sabemos que muchos hombres y mujeres, al responder a las preguntas últimas sobre el origen, la tarea y el destino del ser humano, siguen otros caminos a espaldas de la luz de Dios. Nosotros, con otros muchos, siguiendo los pasos de Jesús, nos atrevemos a mirarnos a nosotros mismos como envueltos por un misterio que tiene rostro personal y amoroso al que osamos llamar Padre. Reconocemos vital y gozosamente a Dios revelado en Jesucristo como origen, guía y meta del hombre y del mundo.

Este reconocimiento de Dios lo cambia todo. Este Dios de Jesucristo decidió hace muchos años la orientación de nuestras vidas y da hoy sentido y contenido a nuestro trabajo y afán cotidiano. En el centro de nuestra vida no estamos nosotros, ni nuestras familias, ni nuestro pueblo al que tanto amamos, ni la Iglesia a la que servimos. Está Dios. He aquí algo que quisiéramos fuese más real cada día en nuestras vidas.

Para nosotros, acoger a este Dios y acogernos a Él, no significa entregarnos a la pasividad ni guarecernos infantilmente de los problemas de la vida para buscar refugio en Él. Muy al contrario, la adhesión a Dios nos urge a acoger su proyecto sobre nosotros y sobre el mundo, para colaborar de manera humilde pero responsable en su acción salvadora en medio de los hombres.

Queremos también deciros que la fe da unidad y coherencia interior a nuestras vidas solicitadas por tantos problemas exteriores y por tan diversos y contradictorios afanes interiores. Esta misma fe es también fuente de alegría. No nos recatamos de deciros que estamos gozosos de creer en Dios.



Cuanto mejor respondemos a la llamada de la fe, con mayor claridad percibimos que la fe es una gracia y no una conquista nuestra. No somos nosotros los que tenemos la fe, como se tienen las cosas en las manos. Es la fe la que nos tiene a nosotros y nos sostiene.

## **La debilidad de nuestra fe**

**10.** También nosotros, obispos vuestros, vivimos la fe no a plena luz, sino en penumbra. No en una seguridad exenta de dudas, pero sí en la certidumbre de quien espera ver la luz definitiva.

La nuestra no es una fe inmune, sino tentada. Os hemos de confesar con sencillez que tampoco nosotros somos ajenos a la tentación del poder, al encanto de la seguridad, al espejismo de la eficacia palpable, al culto a la actividad, al brillo del buen nombre en la Iglesia y en la sociedad. Creemos sinceramente que Dios es el verdadero Dios de nuestra vida y todas esas otras realidades no se erigen en absolutos, pero sí se desorbitan con frecuencia adquiriendo un relieve mayor que el que han de tener a la luz del Dios de Jesucristo.

Otras veces, somos incoherentes con nuestra propia fe buscando el apoyo de nuestra vida y nuestra acción fuera de Dios. Así, más de una vez, nuestra propia capacidad, la de nuestros colaboradores o la solidez de nuestra organización tienden a convertirse en soporte demasiado importante.

Con alguna frecuencia, un activismo exagerado nos conduce a olvidar en la práctica las preguntas fundamentales de todo creyente: ¿para quién vivo?, ¿para quién trabajo? Entonces la paz y la alegría que fluyen de la fe se nos palidecen cuando, ansiosos e inquietos por la suerte de nuestros trabajos o por la trayectoria de la sociedad y de la Iglesia, no recordamos que Dios está presente y operante en el interior de nuestros trabajos, en el seno de la Iglesia y en el corazón mismo de la sociedad.

Esta fe vivida de manera débil y hasta incoherente, ¿no oscurece en nosotros el testimonio de radicalidad evangélica propio de los creyentes y de los pastores? Muchas veces nos preguntamos si no somos demasiado «sensatos y prudentes» a la hora de definir nuestra postura en cuestiones tan preocupantes como la guerra y la paz mundiales, la miseria del tercer mundo alimentada desde el nuestro, la suerte de los marginados de nuestra sociedad, las divisiones existentes en nuestro pueblo. ¿No deberían nuestra palabra y nuestra conducta suscitar más extrañeza y ser más evocadoras y estimuladoras de radicalidad para los creyentes?

## **Las pruebas de nuestra fe**

**11.** Nuestra fe se siente también interpelada y purificada por la prueba. También nosotros añoramos señales más tangibles de que Dios está cerca. Espontáneamente deseamos una fe menos oscura, más visitada por el paso sensible de Dios, más confortada por el éxito de las tareas que emprendemos en su nombre. Pero Dios calla discretamente hasta pasar casi desapercibido. También noso-

tros, obispos vuestros, sabemos algo de la soledad del creyente tendido entre el silencio de Dios y la extrañeza del mundo.

También nos interpela, con frecuencia, la increencia de los honestos. Herederos de una mentalidad según la cual nadie puede ser increyente sino por culpa propia, registramos extrañados que existe en nuestro pueblo y en todo occidente gente honesta que no cree en Dios ni se plantea siquiera la pregunta. ¿Cómo es posible, si Dios es fundamento, guía y destino del hombre, que éste no lo encuentre en el interior de una vida honesta?

Nuestra fe se siente también saludablemente azotada por las tibiezas, componendas, complicidades y mediocridades de la misma comunidad creyente. Nuestras comunidades diocesanas en su conjunto no suscitan, al menos en la medida deseable, la inquietud religiosa de los alejados ni son una luz que orienta la búsqueda de los ya inquietos. Sabemos incluso que la imagen de la Iglesia y de los cristianos aparece como piedra de escándalo para bastantes. ¿Cómo una comunidad llamada a ser signo del Dios vivo, puede resultar en la práctica tan opaca? ¿Cómo puede llegar hasta ser percibida como contrasigno? ¿Es la institución eclesial la que ahuyenta, o es la falta de vigor creyente la que hace a la comunidad irrelevante como signo interpelador?

Ésta es nuestra fe, con sus luces y sus sombras, con sus certidumbres y sus pruebas. Ésta es la fe que queremos compartir y purificar. Nos alegraría saber que, al confesarla, contribuimos a arraigarla en nuestras diócesis.

## **II.- LA FE EN DIOS, ACOSADA EN NUESTRA SOCIEDAD**

**12.** No olvidamos que buena parte de los creyentes viven empeñados en profundizar y purificar progresivamente su imagen de Dios y su adhesión a Él. Pero no podemos pasar por alto que el Dios de Jesucristo es también negado o arrinconado por los ídolos de este mundo o deformado por miedos, deseos e intereses diversos. Detengámonos con algún sosiego en estos tres fenómenos de la increencia, la idolatría y la fe deformada, tal como se dan entre nosotros.

### **La increencia**

Esta actitud nace, a veces, de una opción pensada y responsablemente meditada. Con más frecuencia, es en la vida práctica donde Dios es colocado, respetuosa o inconsideradamente, aparte de la existencia concreta. Dios no cuenta a la hora de orientar o motivar el diario vivir.

Esta actitud está sostenida, a veces, por una vigorosa convicción: «Dios no existe, no puede existir; es un producto de la mente y del corazón del hombre». Es el ateísmo. Otras veces, la actitud es más modesta: Dios «es un problema insoluble que es preciso enterrar para no vivir de sueños imposibles y para construir la vida humana sobre una base más rigurosamente cierta». Es el agnosticismo.

En ocasiones anida en el increyente el anhelo de «algo» diferente que dé fundamento y sentido al mundo, al hombre y a la conducta ética de éste. Pero, con frecuencia, ese anhelo parece inexistente y no experimenta vacío o nostalgia apreciables por la ausencia de Dios.

No dejan de preocuparnos dos situaciones cada vez más extendidas. Son bastantes los que han ido pasando desde una fe superficial a una increencia igualmente superficial propiciada por el clima cultural imperante. Su ateísmo responde a veces a una actitud pretendidamente progresista, no exenta de superficialidad ni de exhibición.

Por otra parte, no son pocas las personas honestas de indudable buena fe a las que la pregunta por Dios se les hace extraña e innecesaria. Diríase que les falta contexto vital para que emerja la pregunta por Dios y el interés por su existencia. En realidad, les parece más obvio que Dios no exista.

### **• *La increencia entre nosotros***

**13.** Somos un pueblo de un intenso y profundo pasado creyente, teñido de una religiosidad un tanto rigurosa, dominada por la imagen, noble y severa al mismo tiempo, del «Jaungoikoa», Señor y Juez de la vida humana. La crisis de civilización padecida por occidente nos ha azotado con fuerza, impulsándonos a sacudirnos todas las tutelas, y por supuesto la tutela de la religión. La crisis política ha exacerbado la crisis religiosa en un doble sentido: ha desplazado hacia los

ideales políticos la adhesión absoluta debida a Dios y ha generado un resentimiento agresivo frente a una religión que, para muchos, aparecía uncida al carro de las fuerzas represoras del sentimiento vasco.

La devoción intensa se ha convertido así en agresividad para sectores nada desdeñables de nuestra sociedad. Durante algún tiempo, eliminar a Dios de las raíces del pueblo, ha sido una especie de consigna en determinados ambientes. Pero la agresividad ha dejado pronto paso a la indiferencia: Dios es algo menos que un obstáculo a la expansión de las personas y de los pueblos. Es, sencillamente, inútil, irrelevante, inexistente.

- **Las raíces de la increencia**

**14.** Ya el Concilio Vaticano II (*Gaudium et spes*, 19-21) percibió con clarividencia que el hecho de la increencia es interpelador para los creyentes, pues tiene profundas raíces en la civilización europea pero también en la conducta de los cristianos en los tiempos modernos.

Los motivos que han engendrado la increencia tienen, junto a elementos impuros de exaltación desmedida del hombre, una vertiente noble que es preciso reconocer. La defensa de la libertad humana, la reivindicación de la justicia en la sociedad y la protesta contra el mal en el mundo constituyen un núcleo inspirador importante de la increencia moderna.

El problema del mal es la roca del ateísmo. En efecto, para muchos increyentes es imposible mantener con un mínimo de dignidad y coherencia la existencia de Dios en un mundo afligido implacablemente por ese mal inevitable encarnado en múltiples azotes: la enfermedad física y mental, el sufrimiento moral, la muerte cruenta de los inocentes. ¿Cómo sostener que exista un Dios bueno del que salga un mundo en el que el mal tenga tanto poder?

Pero, en muchas ocasiones, el mal es fruto de la injusticia infligida por un hombre a otro. Con frecuencia, el hombre que oprime a su hermano es creyente que se dice amigo de Dios. El primer mundo que oprime al tercer mundo se reclama cristiano. ¿Qué Dios es éste que tiene amigos de tal naturaleza que llegan incluso a legitimar sus atropellos invocando su nombre? ¿Quién puede apostar razonablemente por un Dios cuyos partidarios se muestran tan cautos, tan remisos y tan tibios cuando se trata de la defensa de los débiles frente a los fuertes? Un Dios mudo ante la injusticia o cómplice ante ella es un Dios inexistente. Si el problema del mal es la roca del ateísmo, el problema de la injusticia es su piedra de escándalo.

En el seno de la increencia se aloja todavía otra aspiración: la autonomía del ser humano. Por una parte, el desarrollo de la ciencia ha conducido al hombre no sólo a sentirse señor todopoderoso del cosmos sino a pensar que sólo existe aquello que puede ser verificado por sus métodos científicos. El hombre no sabe sino aquello que puede comprobar. «De lo que no se sabe, es mejor callar» (Wittgenstein). Evidentemente, Dios no es comprobable. No sabemos nada de Él. Prácticamente no existe.

Por otra parte, a este hombre exaltado por la ciencia se le hace difícil obedecer a Dios. El ser humano se empequeñece y se envilece cuando ajusta su comportamiento moral a los dictados de una voluntad ajena a la propia. Depender de ella le parece una forma de esclavitud, incompatible con la dignidad y la libertad humana.

En suma, es preciso negar u olvidar a Dios porque es enemigo de la autonomía del hombre. La búsqueda denodada de dicha autonomía es la punta de lanza de la increencia.

## **La idolatría**

**15.** Tal vez la idolatría sea hoy más preocupante que el ateísmo. F. Dostoievski nos recuerda que «es imposible ser hombre y no inclinarse. Si a Dios rechaza, ante un ídolo se inclina». En el corazón del hombre, los ídolos tienden siempre a ocupar el puesto de Dios. ¿No está sucediendo algo de esto en esta sociedad que parece olvidar a Dios?

### **• *¿Qué son los ídolos?***

Cualquier persona, cualquier ideal, cualquier cosa, incluso la más irrelevante, puede convertirse en ídolo para el hombre. Pero en cualquier caso, la relación que instaura el hombre con sus ídolos es malsana.

El ídolo tiende a convertirse en valor absoluto que suscita una devoción total y exige que la vida entera se reorganice en torno a él. Todo lo demás, familia, amistad, ideales, salud, profesión, quedan subordinados a sus exigencias. En la medida en que crece su seducción despótica, el ídolo va esclavizando y destruyendo a sus víctimas.

El ídolo no engendra propiamente adhesión sino fanatismo. Para el adepto fanático, lo que favorece la adhesión al ídolo, hay que potenciarlo; lo que se le opone, hay que destruirlo; lo que le es indiferente, hay que despreciarlo.

Seducido por los diferentes ídolos, va proyectando sobre ellos sus deseos y aspiraciones profundas de felicidad, seguridad, engrandecimiento o entrega. Por otra parte, oscuros intereses económicos, políticos e ideológicos promueven y promocionan determinados ídolos. Así, con la complicidad de todos, vamos poblando nuestra sociedad de ídolos esclavizadores.

El ídolo nunca ofrece todo lo que promete. Es engañoso. Puede producir satisfacciones inmediatas. A la larga sólo engendra o adhesiones crispadas o decepciones escépticas.

En suma, la idolatría se opone frontalmente a la fe en Dios porque los ídolos suplantán a Dios, destruyen y esclavizan al hombre que es su imagen y niegan la autonomía del mundo que Dios quiere y garantiza.

- **¿Cuáles son nuestros ídolos?**

**16.** Tratemos ahora de señalar y descubrir algunos de nuestros principales ídolos:

*El dinero* se convierte a menudo en un verdadero ídolo en una sociedad donde el contrato domina ampliamente las relaciones humanas. La aspiración a tener tiende a convertirse en fiebre de poseer.

El dinero es para muchos símbolo del valor y del poder. Las cosas valen si valen dinero. El hombre puede si tiene poder económico. Quien tiene dinero cree saber y entender de todo. El éxito se mide por el éxito económico. Pero, mientras tanto, la pasión por el dinero va matando los ideales altruistas y conduce en sobradas ocasiones a sacrificar la propia conciencia moral.

Esta pasión por el dinero sabe encubrir la vileza de su ambición. La política de seguridad nacional e internacional encubre muchos intereses económicos. Tras bastantes obras benéficas y sociales se esconde la voluntad manifiesta o encubierta de «lavar un dinero sucio».

En suma, el ídolo del dinero contradice a la fe en Dios, no sólo porque lo suplanta sino porque ahoga la responsabilidad ética del hombre, le conduce al abuso y manipulación de las personas, le hace olvidar los valores de la utopía y consolida una actitud contractual que dificulta la relación gratuita con un Dios que es amor.

**17.** *El sexo* es otro ídolo de nuestro tiempo. Reprimida durante mucho tiempo por una mentalidad y unas costumbres rigoristas, la sexualidad se ha desquitado de este largo cautiverio. Hoy el riesgo de la sexualidad no consiste en su represión sino en su banalización por parte de muchos que confunden modernidad con frivolidad.

Separada la relación genital de su contexto de ternura, de amor, de proyecto común y de responsabilidad, el ídolo del sexo se empobrece y empobrece a quienes se le someten. El hedonismo ambiental y la explotación «comercial» del sexo acrecientan aún más este empobrecimiento.

El sexo pretende entonces sustraerse a toda ética. Las conductas se justifican no ya «porque nos queremos», sino «porque nos apetece». La sexualidad no es vivida al servicio de la totalidad de la persona y en sintonía con el bien de la comunidad.

En suma, el ídolo del sexo empobrece al ser humano destinado a vivir en el misterio del amor un anticipo privilegiado del amor de Dios y desviste de su nobleza ética a una dimensión importante del comportamiento humano que pierde de este modo su orientación a Dios.

**18.** *El poder*, sea económico, político o religioso se presta igualmente a ser investido de la «dignidad» de un ídolo que invita a los hombres a «ser como dioses».

El poder convertido en ídolo produce ebriedad porque nos «demuestra» lo importantes que somos. Acrecienta el ansia insaciable de tener un poder cada vez mayor. Busca la publicidad. El poder desorbitado pervierte su sentido legítimo y originario que es el servicio. Servir a los demás se va degradando hacia el servirse de los demás.

En síntesis, el poder convertido en ídolo produce en el ser humano la tentación de autoexaltarse hacia la divinización y de degradar a los demás hacia la deshumanización.

**19.** *La patria y el pueblo* son también nobles realidades que pueden ser exaltadas –y degradadas al mismo tiempo– a la categoría de ídolos.

El sentimiento patriótico moviliza muchas energías que pueden ponerse al servicio de la construcción o de la destrucción. Pero cuando la patria o el pueblo se convierten en un ídolo, despiertan tarde o temprano las energías destructivas.

Coexisten entre nosotros idolatrías patrióticas de signo vasco y de signo español. Muchos discursos patrióticos podrían pasar perfectamente por discursos religiosos, si el nombre de la patria concreta que se evoca fuera sustituido por el nombre de Dios.

El patriotismo exacerbado conduce a sobreestimar los valores propios, a subestimar los ajenos y a crear entre los miembros de un mismo pueblo castas de ciudadanos.

En suma, la patria es un ídolo cuando es amada con fervor religioso y este amor excluye o dificulta el amor a todos los pueblos que constituyen la familia de Dios.

**20.** *La religión*, aunque parezca paradójico, puede llegar a ser un ídolo en la medida en que absolutizamos el conjunto de mediaciones necesarias (creencias, ritos, estructuras, leyes, comportamientos) para relacionarnos con Dios.

Tal sucede cuando pretendemos encerrar a Dios en determinadas formulaciones intocables, olvidando que toda fórmula es limitada e inadecuada para expresar el misterio absoluto de Dios.

La religión corre también el riesgo de convertirse en un ídolo, cuando absolutizamos las expresiones culturales, ponemos «la salvación» en los ritos o hacemos de la legislación, la organización o las diferentes estructuras religiosas un fin en sí mismas.

La religión degenera también hacia la idolatría cuando se acentúa en exceso la importancia de los jerarcas o de otras personas, promoviendo una falsa veneración y unas relaciones vacías de verdad. Determinadas formas de adhesión incondicional al Papa, determinados agrupamientos en torno a algunos obispos, ciertas dependencias de comunidades o grupos cristianos de sus fundadores o líderes nos hacen pensar que no se trata de una tentación teológica sino de un riesgo real en la Iglesia.

## **La fe deformada**

**21.** Si la idolatría crea falsos absolutos que suplantán a Dios, la fe deformada, en cambio, relativiza a Dios y lo rebaja colocándolo al servicio de otras causas e intereses humanos. Recordemos algunas de las deformaciones más usuales entre nosotros.

- ***El Dios intimista***

Deformamos la fe cuando instrumentalizamos a Dios concibiéndole y buscándole como satisfacción de necesidades y aspiraciones psicológicas sin relación con la genuina aspiración religiosa del hombre. Dios es invocado como respuesta a la necesidad de consuelo en la tribulación, de compañía en la soledad, de remedio en la necesidad, de tranquilizante en la ansiedad.

No negamos que la fe profunda consuele, acompañe y serene. Pero es preciso denunciar como deformada una fe que se apoye primordialmente en estas necesidades y busque primariamente su satisfacción, olvidando que son necesidades que han de encontrar normalmente en el mismo hombre su solución. Dios no es un compensador de nuestras cotidianas frustraciones.

- ***El Dios de nuestros intereses***

**22.** La fe queda deformada no sólo cuando reducimos a Dios a un remedio de determinadas necesidades individuales, sino también cuando lo ponemos al servicio de ciertos intereses colectivos. En vez de vivir nosotros religados a Dios, es Él quien, supuestamente, es utilizado para nuestra causa y nuestros intereses más o menos legítimos y variados.

España se dispone a evocar a lo largo de 1986 una guerra en la que el nombre de Dios fue atacado por unos y utilizado por otros al servicio de una causa convertida en cruzada. El recuerdo de esta efeméride debería deshacer para siempre entre nosotros la tentación de manipular a Dios al servicio de intereses humanos.

Pero existen casos más actuales. La política de la seguridad nacional o internacional, a cuyo servicio se intentaría provocar «un rearme religioso» de Occidente; la defensa del orden socioeconómico vigente que pretendería ser legitimado por la autoridad divina; determinadas ideologías que tratan de encubrir sus intereses de dominación bajo solemnes proclamaciones de fe; revoluciones que tratan de concitar el potencial religioso de las masas para ponerlo a su servicio. El noble deseo de salvaguardar la moral y las bases de la convivencia humana, puede asimismo pretender apoyarse en Dios de manera desmedida.

El Dios justo es la garantía última de un mundo justo. La libertad de Dios es la condición de posibilidad de la libertad del hombre. Pero es necesario velar porque garantía y condición no sean convertidos en instrumento.



- ***El Dios popular***

**23.** La religiosidad popular, llena de potencialidades y riqueza innegable, no está exenta de riesgos para la auténtica fe en Dios.

Esta religión que el pueblo siente como suya tiene un lenguaje gestual y simbólico muy rico que llega a capas afectivas y emotivas muy profundas del hombre. Crea entre la gente una intensa conciencia de unidad y subraya el carácter festivo de la religión.

Pero su misma riqueza vital entraña riesgos nada desdeñables. La imagen de Dios que en ella alienta se parece excesivamente al hombre. En vez de ser éste imagen de Dios, aquí Dios es imagen del hombre. La religiosidad popular desorbita con frecuencia el sentimiento de culpabilidad subrayando, en consecuencia, los elementos expiatorios de la religión. Se trata de un Dios a quien hay que pagar, con quien se pueden negociar valores temporales y eternos. Las imágenes, gestos religiosos y demás mediaciones cobran valor casi absoluto. En suma, idolatría y magia no son ajenas a la religión popular.

- ***El Dios de nuestra educación***

**24.** Toda educación religiosa lleva consigo una imagen de Dios condicionada por la sociedad dentro de la cual se imparte. En ocasiones, este condicionamiento reviste los caracteres de una verdadera deformación.

La sociedad autoritaria y rigurosa del pasado ha inducido los rasgos, aun persistentes en adultos y ancianos, de un Dios, Juez severo, cuya mirada es difícil sostener. Este Dios impone una ley rígida y niega o dosifica el acceso del hombre al placer y a la satisfacción. En personalidades pusilánimes y obsesivas esta imagen encuentra la complicidad de los miedos del sujeto, y cuando es intensamente interiorizada, inhibe el despliegue del hombre en libertad y autoconfianza y favorece el que Dios sea percibido como enemigo del hombre.

Pero a la sociedad autoritaria ha sucedido una sociedad permisiva. El patrón cultural del padre ha sufrido una mutación importante. El padre que impone una ley se ha convertido en el padre que permite la trasgresión e incluso anula la ley misma. Este cambio cultural favorece la configuración de una imagen diferente de Dios. El «Dios riguroso» ha dejado paso al «Dios permisivo».

Este tránsito cultural ha coincidido entre nosotros con una época de notable alejamiento de la práctica religiosa. Quienes se iban alejando aborrecían la imagen del «Dios terrible» que decían haber padecido. Los pastores intentábamos disuadirles de que ése no era el Dios cristiano y procurábamos mostrarles el rostro paternal de Dios.

¿Lo hemos logrado? Es difícil y delicado modificar los rasgos del rostro de Dios en el corazón del hombre. No es poco lo conseguido en la conciencia de muchos. Pero hemos de confesar que en otras conciencias la nueva imagen de Dios se nos antoja falta de vigor. El «Dios antiguo» era severo pero serio. El de algunos de hoy parece un pelele dispuesto a pasar por todo, con tal que no se le expulse de casa: complaciente y permisivo. No es piedra de contraste. No tiene

el valor de decirme lo que quiere de mí. No incomoda ni inquieta. En su voz recogemos el eco de nuestra propia voz. No dice sino lo que queremos escucharle.

Si el Dios pasado era la proyección de nuestros miedos, el Dios presente, ¿no es la proyección de nuestros deseos? Un Dios que no es Dios.

- ***El Dios confinado***

**25.** Dios ocupa un lugar no insignificante en la vida de muchos creyentes, pero la relación con Él es una más entre las que vive la persona. La fe constituye entonces un compartimento estanco dentro del comportamiento global del creyente. La profesión, la actividad pública, la vida sexual... discurren por sus propios derroteros o guardan muy débil referencia a Dios. Son «circuitos autónomos».

Influye, sin duda, en este fenómeno la fragmentación de la vida moderna que dificulta el dar al conjunto de la existencia la unidad y coherencia necesarias. La vida queda parcelada y también Dios y la religión quedan confinados a su propia parcela.

Pero junto a este factor social hay que reseñar otro más interior y más crónico en la actitud del hombre ante Dios: su resistencia a ofrecerle toda su vida. «El Dios vivo resulta siempre peligroso para el hombre» (Congar). Estamos dispuestos a entregar parte de nuestras cosas, de nuestro tiempo y de nuestros proyectos, pero nos resistimos a entregarnos a nosotros mismos. El «yo» se reserva y toma su distancia defensiva ante Dios que busca el corazón del hombre. No intuimos fácilmente que nunca el hombre se recobra más a sí mismo que cuando se da a Dios.

- ***El Dios diferente y distante***

**26.** Si el Dios de la religiosidad popular es, en general, el Dios de la gente poco cultivada, este Dios es el de los cultos. Nace, en parte, como reacción al anterior. Hace justicia a Dios al acentuar su trascendencia y su carácter de totalmente diferente. Renuncia asimismo a la tentación de manejar a Dios. Encuentra en el espesor del dolor y del mal en el mundo una confirmación de su imagen de un Dios distante.

Pero pagamos por ello un precio caro: Dios se pierde en una lejanía que le hace insensible al gemido del hombre e inasequible a su plegaria. Es un Dios sereno, pero despegado del mundo. No es cruel, pero sí un Dios a quien no se le conmueven las entrañas. Es impasible: no sufre por la desgracia del hombre. Se basta a sí mismo y no puede necesitar de nadie. Es un Dios ocioso.

Nos parece que esta imagen de Dios abre camino al agnosticismo y al ateísmo. Pero, además, legitima el comportamiento de un hombre igualmente apático ante el dolor del mundo y el clamor de los marginados e igualmente encastado no ya en el olimpo de los dioses, pero sí en su ridícula torre de marfil. Un hombre que se basta, no quiere necesitar de nadie ni dejarse afectar por el clamor de los otros. Este hombre sin entrañas, ¿no es el responsable de muchas inhumanidades de nuestro tiempo? ¿No es el artífice del mundo insolidario?

- ***El Dios irrelevante***

**27.** ¿Hay mucha diferencia entre un Dios ocioso y un Dios irrelevante? Mucha gente afirma hoy creer en algo mayor y más allá del mundo. Incluso parecería que, tras una época de penetración y avance del ateísmo teórico, éste se encuentra estancado y hasta en regresión. Así lo apuntan al menos las últimas estadísticas que conocemos.

No seremos nosotros quien apaguemos en estos creyentes la llama que humea; antes bien soplaremos suavemente sobre ella para reavivarla. Es tan importante creer en Dios que toda fe en Él nos parece digna del mayor respeto y cuidado. Pero, ¿a quién se le oculta la pobreza decadente de esta fe tan irrelevante?

Se trata, en primer lugar, de un Dios cuya existencia es admitida, pero no valorada. Dios no les produce gozo, sensación de sentirse cimentados en Alguien, acogidos por Alguien. Formulemos crudamente la pregunta: ¿si alguno les «convenciera» de que Dios no existe, el duelo por su muerte les resultaría largo y penoso?

Se trata, en segundo lugar, de una fe que tiene nulo o escaso impacto en la vida de sus adheridos. No compromete a nada.

Es, por otro lado, una fe que no se explicita casi nunca. Sólo en situaciones excepcionales se torna grito de auxilio y, más excepcionalmente, júbilo de gratitud. Pasada la situación excepcional, se hunde en una atonía casi equivalente a un ateísmo práctico.

Tal vez nunca fue Dios alguien importante en la vida de estas personas. O bien, tras una infancia y adolescencia religiosamente entonadas, el ingreso en la intemperie religiosa de la vida juvenil y adulta, hostil e indiferente sobre todo en ámbitos estudiantiles, laborales y profesionales, congeló su fe. Experiencias vitales como el matrimonio y la paternidad no fueron religiosamente interpeladoras. El recuerdo de la educación religiosa recibida no les resulta estimulador ni inquietador para su fe. La imagen de Iglesia que perciben en sus ambientes o en los medios de comunicación social no les ayuda a preguntarse si el Dios que aquélla propone no será mucho mayor, mucho más fascinante y mucho más viviente que su Iglesia.

**28.** Pero Dios es un fuego ardiente, siempre escondido bajo la escoria inevitable de nuestras imágenes. Un fuego que queremos hacer brillar más cada día para consuelo de todos.

Sabemos que nuestra palabra no puede abarcar ni encerrar su misterio y que nuestro lenguaje no puede eludir la ambigüedad y la impureza de todo lo humano. Y, sin embargo, hemos de hablar de Él. Si no lo nombramos, su presencia entre nosotros puede difuminarse. Si no lo invocamos, su rostro puede tornárenos más oscuro. Si no lo anunciamos, nuestro silencio puede contribuir al crecimiento de falsas invocaciones y a la multiplicación de imágenes que adulteran aún más su verdadero rostro.

«Dios: 'Dios' es la más preñada de las palabras de los hombres. Ninguna ha sido tan manchada ni machacada. Precisamente por eso no puedo prescindir de ella. Generaciones de hombres han arrojado sobre esta palabra el peso de su vida angustiada o la han pisoteado contra el suelo; yace en el polvo y lleva el peso de todos ellos. Generaciones de hombres han rasgado la palabra con sus partidismos religiosos; han matado o muerto por ella; lleva las huellas digitales y la sangre de todos ellos. ¿Dónde podría encontrar yo una palabra que se le asemejara para designar lo supremo?... Debemos respetar a los que la prohíben, porque se rebelan contra la injusticia y la sinvergüencería de aquellos que invocan a 'Dios' para justificarse. Pero no podemos renunciar a ella... Nosotros no podemos ni purificar ni restaurar la palabra de 'Dios'. Pero podemos, esté manchada o desgarrada, levantarla del suelo y ponerla de pie sobre una hora de gran preocupación» (M. Buber).

### III.- EL DIOS DE JESUCRISTO

**29.** Hemos de levantar del suelo la palabra «Dios» y ponerla de pie en esta hora de gran preocupación. Pero, ¿de dónde partir a la búsqueda de Dios? ¿Dónde encontrar su verdadero rostro?

Sabemos que no pocos hombres y mujeres de nuestro propio pueblo acuden hoy a diversas tradiciones religiosas y tratan de apagar su sed de Dios en fuentes distintas a la tradición cristiana. Nos alegra verles buscar a Dios. Observamos con admiración y simpatía sus esfuerzos por encontrarse con el Único. Nosotros queremos, por nuestra parte, ofrecerles la Buena Noticia del Dios de Jesucristo porque estamos persuadidos de que es en Cristo crucificado y resucitado donde se nos ha revelado de manera definitiva y culminante el verdadero rostro de Dios.

En Jesucristo encontramos nosotros el verdadero camino para acercarnos a su misterio. «A Dios nadie lo ha visto nunca; el Hijo único que está en el seno del Padre, Él lo ha contado» (Jn 1,18). La persona de Jesús, sus gestos, sus actuaciones, su mensaje, su vivir, su morir y resucitar, nos sitúan ante la presencia misteriosa del verdadero Dios encarnado y manifestado en Él. Estamos convencidos de que quien le ve a Él, ve al Padre (Jn 14,9). Jesucristo es para nosotros «el reflejo de su gloria y la impronta de su ser» (Hb 1,3).

Ese Dios encarnado y manifestado en Jesucristo es el mismo Dios que había comenzado a desvelarse ya en el Antiguo Testamento, aunque «de manera fragmentaria y de modos diversos» (Hb 1,1).

Ese Dios en busca del hombre, que se revela en Jesús, es el mismo que intervenía ya en la historia y el destino de Israel. El Dios amigo de la vida, que se refleja en sus gestos, es el Dios liberador del Éxodo. El Dios humilde de Jesús es el Dios que se involucra en la historia concreta de aquel pequeño pueblo. El Dios revelado como Amor en Jesucristo es el Dios cuya misericordia y fidelidad infinitas celebran los salmistas. El Dios Padre a quien Jesús invoca es el mismo que ha elegido a Israel como hijo predilecto. El Dios de los pobres que anuncia Jesús es el Dios cuya justicia predicaban y exigen los profetas. El Dios crucificado es el mismo Dios tantas veces rechazado por el pueblo elegido. El Dios manifestado en la resurrección del Señor es el Dios creador de la vida. El Dios trinitario es el mismo que con su Espíritu y su palabra ha dirigido la historia de salvación hasta Jesucristo.

Jesús no nos ofrece fórmulas y teorías para que podamos «creer cosas» acerca de Dios. Jesús nos enseña cómo se puede vivir en toda su hondura esta existencia frágil y caduca desde Dios y para Dios, como hijos de un Padre que sólo busca nuestra salvación.

Más aún. En Jesucristo, el misterio de Dios se nos ofrece como gracia que pide ser acogida humildemente pero que también puede ser rechazada libremente. Nuestro rechazo puede hacer del Dios de salvación el Dios de nuestra perdición.

Más concretamente, para acoger al Dios de Jesucristo es necesario seguir a Jesús, vivir su experiencia, practicar su vida, dejarnos animar por su Espíritu. Sólo quien vive como Jesús acoge al Dios de la vida. Sólo quien ama como él se abre al Dios del amor. Sólo quien vive la fraternidad y se acerca a los abandonados obedece al Padre de los pobres. Sólo quien cura, libera y salva como Jesús reconoce al Dios salvador y liberador de los hombres.

## **Un Dios que busca al hombre**

**30.** Jesús nunca ha hablado simplemente de Dios, sino del «reinado de Dios» entre los hombres. No se ha dedicado a exponer teóricamente una doctrina acerca de Dios en sí mismo, sino que ha buscado con todas sus fuerzas que Dios sea acogido entre los hombres y se instaure su reinado en el mundo.

- ***El reinado de Dios***

Entre nosotros hay quienes buscan a Dios sin preocuparse de buscar un mundo mejor y más humano. Y hay, por el contrario, quienes buscan construir un mundo nuevo sin Dios. Unos buscan a Dios sin mundo. Otros buscan el mundo sin Dios. En Jesús no encontramos nunca tal disociación. Nunca habla de Dios sin el mundo y nunca habla del mundo sin Dios. Jesús habla del Reino de Dios en el mundo.

En el pueblo de Israel se venía añorando una utopía tan vieja como el corazón del hombre y tan actual como el deseo de las gentes de hoy: la desaparición del mal, de la injusticia, la opresión, el dolor y la muerte. Se anhelaba «el reinado de Dios», que traería consigo justicia, vida, liberación y felicidad.

Jesús se presenta con esta Buena Noticia. Ese profundo anhelo de los hombres puede ser realidad. Dios no es insensible a los sufrimientos, anhelos y expectativas del corazón humano. No es espectador frío de nuestra historia. No es tampoco el Creador que ha puesto en marcha la vida abandonándola luego a su propia suerte. Dios es Alguien que interviene en nuestra historia y nos busca a los hombres porque tiene un plan de salvación para nosotros.

Éste es el mensaje central de Jesús: «El tiempo se ha cumplido y el Reinado de Dios está cerca; convertios y creed en la Buena Noticia» (Mc 1,15). Dios está cerca del hombre. La historia está siendo trabajada por la fuerza salvadora de Dios. Dios está ya irrumpiendo en el mundo. Él está en lo profundo de nuestra existencia.

Sería una equivocación vivir en la superficie de la vida sin descubrir todas las posibilidades que encierra esta existencia nuestra débil y precaria pero habitada por la presencia salvadora de Dios. El mensaje de Jesús nos invita a descubrir en lo más profundo de la historia humana la fuerza humilde pero poderosa de un Dios que conduce al mundo hacia su salvación.

De diversas maneras y quizás confusamente, las gentes de hoy se hacen muchas preguntas: ¿Qué es lo que puede hacer al hombre más humano? ¿Qué es lo que puede dar hoy fuerza y coraje para vivir con sentido? ¿Quién nos puede

prometer plenitud y liberación? ¿Quién nos puede abrir camino hacia la verdadera vida?

Ésta es la respuesta de Jesús: enfrentarnos con confianza al misterio de la vida. No estamos solos, perdidos en el cosmos, abandonados a nuestras propias fuerzas. Dios está cerca. El mal no tiene la última palabra. La vida es más que esta vida. En el fondo infinito e inagotable de la vida hay bondad, acogida, perdón, justicia, liberación... Somos aceptados por un Dios que sólo busca la salvación del mundo.

- ***La Buena Noticia de Dios***

**31.** Este reinado de Dios en el mundo es la mejor noticia que los hombres podíamos escuchar. Si Dios reina entre los hombres, esto significa que no han de reinar unos hombres sobre otros. Los fariseos no han de despreciar al pueblo, los escribas no han de agobiar a los ignorantes, la aristocracia sacerdotal no ha de robar a los peregrinos, los ricos terratenientes no han de explotar a sus obreros, los romanos «jefes de las naciones» no han de oprimir a los pueblos ni los judíos odiar de muerte a los gentiles. Si Dios reina ha de reinar la fraternidad, el mutuo respeto, la justicia, la solidaridad.

Por otra parte, si Dios reina ningún otro poder debe esclavizar a los hombres. Ya «no se puede servir al dinero» (Lc 16,13). No se puede dar a ningún César lo que sólo pertenece a Dios (Mc 12,17). Si Dios reina, no deberá reinar sobre los hombres el dinero, la producción, el capital, el poder, el sexo, el bienestar... Cuando sólo Dios reina, caen todos los ídolos esclavizadores. Todo se subordina al nacimiento de un hombre nuevo y crece una nueva sociedad de hombres liberados y hermanos.

Por eso, creer en el Dios de Jesucristo no es imaginar que debe existir en algún lugar un ser lejano y poderoso del que depende todo sino aprender con Jesús y desde Jesús a acoger en nuestra propia existencia y en nuestra convivencia social a ese Dios Salvador que nos defiende de irnos perdiendo sin remedio. Abrir nuestra vida y nuestra sociedad a ese Dios que abre nuestra existencia hacia una plenitud a la que aspiramos desde lo más hondo de nuestro ser y en cuyo empeño fracasamos constantemente. Creer en el Dios de Jesucristo es «buscar el reinado de Dios y su justicia» en medio de nosotros (Mt 6,33) Lo demás es añadidura que viene más tarde.

### **Dios, amigo de la vida**

**32.** Dios no ha sido ni es para muchos «Buena Noticia». La religión no ha sido para muchas personas gracia, liberación, alivio, fuerza y alegría para vivir. Dios está todavía en el fondo de muchas conciencias como un Ser amenazador y exigente que hace más incómoda la vida y más pesada la existencia. Son muchos los que viven con la oscura convicción de que Dios es una presencia opresora que es necesario eliminar para vivir y gozar más plenamente de la vida.

- **Los gestos liberadores de Jesús**

Y, sin embargo, el Dios que se nos revela en Jesucristo es un Dios que interviene en la vida del hombre sólo para salvar, para liberar, para potenciar y elevar la vida de los hombres. Un Dios que está siempre del lado del hombre frente al mal que lo oprime, lo desintegra y deshumaniza. Un Dios que quiere únicamente el bien del hombre y dice un no radical a todo lo que provoca su esclavitud y destrucción.

Los signos que Jesús ofrece del Reino de Dios son siempre signos liberadores. Jesús no hace milagros para castigar a los incrédulos, coaccionar a los que dudan o asustar a los que no se le doblegan. Jesús ofrece salud, libera del poder inexplicable del mal, restituye a los hombres su integridad, garantiza el perdón y la rehabilitación, contagia esperanza a los perdidos, comunica vida a los últimos, ofrece sentido a los desorientados, urge a los hombres hacia la justicia, remite a las personas hacia su verdadera responsabilidad. Jesús ofrece fuerza para enfrentarse al problema de la vida y esperanza para acercarse al misterio de la muerte.

Todo esto no es todavía la salvación definitiva. Pero son signos de que «Dios visita a su pueblo» (Lc 7,16). Si Jesús libera al hombre de las fuerzas que lo oprimen y destruyen su dignidad es que «el Reino de Dios ha llegado hasta nosotros» (Lc 11,20).

Todo lo que impida ver al Dios de Jesucristo como gracia, liberación, perdón, alegría y fuerza para crecer como seres humanos es, de alguna manera, una imagen deformada de Dios. Todo lo que lleve a la angustia, la desesperanza, el agobio y la neurosis es una lectura falsa del Evangelio. Creer en el Dios de Jesucristo es olvidar al tirano poderoso que anula al hombre y reprime cualquier intento de libertad para descubrir un Padre liberador de la vida y humanizador de la historia.

- **La lucha contra los ídolos**

**33.** Pero hemos de decir algo más. Jesús ha luchado contra toda clase de ídolos que traen al hombre la muerte porque lo esclavizan y deshumanizan. Ya ha reaccionado contra toda deformación e instrumentalización del Dios verdadero que pueda servir para legitimar la injusticia, el desprecio al hombre y el abandono del pobre.

Jesús condena la oración hipócrita que va acompañada de explotación al hermano (Mc 12,40), rechaza las tradiciones religiosas que sirven de subterfugio fácil para no atender al prójimo (Mc 7,9-13), critica la absolutización falsa de la ley en detrimento del bien del hombre (Mc 2,13-28), condena la utilización del templo para legitimar la injusticia (Mc 11,15-17), reacciona contra una religiosidad escrupulosa que olvida la fe, la misericordia y la justicia (Lc 11,42).

Por eso, lo que más radicalmente se opone a la acogida del Dios de Jesucristo no es el ateísmo sino la utilización falsa de Dios, la idolatría y el culto a dioses falsos que nos deshumanizan y nos traen la muerte. Lo que se opone al verdadero conocimiento de Dios no es simplemente el error intelectual o la ce-



razón de nuestra mente, sino el culto a tantos ídolos que «aprisionan la verdad en la injusticia» (Rm 1,18).

Creer en el Dios de Jesucristo exige dejar de adorar a ídolos falsos como el dinero, el poder, el sexo o la violencia, que exigen siempre nuevas víctimas para subsistir y descubrir a Dios como «amigo de la vida» (Sb 11,26). Alguien vivo que va impulsando nuestras vidas hacia su verdadero cumplimiento.

Dios empezará a ser Buena Noticia para nosotros en la medida en que lo acogamos humildemente en nuestra existencia personal y en nuestra convivencia social y podamos experimentar que su presencia nos hace más humanos, más libres, más capaces de amar, vivir y crear.

## **Un Dios humilde**

**34.** Jesús decepcionó a muchos que esperaban que Dios se manifestase de forma gloriosa y espectacular destruyendo a todos los enemigos y dando satisfacción inmediata a sus fieles. Es la tentación permanente de los hombres que tendemos a representarnos a Dios como poder que se impone por encima de todo y puede con todos.

### **• *El Dios oculto en la historia***

Sin embargo, el Dios encarnado en su Hijo Jesús es un Dios humilde y escondido. Un Dios que no se impone con su poder ni nos ciega con su gloria. Dios es amor que nos acoge, amistad que nos invita, gracia que se nos ofrece por todos los caminos de nuestra existencia. Su presencia en el mundo es humilde y discreta, como lo es siempre la presencia de la amistad y el amor verdadero.

El Reino de Dios no se impone nunca por la fuerza sino que se ofrece de manera gratuita a la libertad de los hombres. Jesús no recurre al poder divino para forzar las decisiones de los hombres y cambiar el curso de los acontecimientos. No pide al Padre que ponga a su disposición «doce legiones de ángeles» que lo liberen de la muerte (Mt 26,53). No busca nunca la imposición prodigiosa del Reino de Dios. Su misma oración al Padre se detiene precisamente allí donde nosotros trataríamos espontáneamente de hacer brotar el Reino mediante el poder divino.

El Dios que se revela en su Hijo Jesús es un Dios discreto que no humilla. No es un Dios exhibicionista que se ofrece en espectáculo. Tampoco un ser omnipotente que invade nuestra libertad y ante el que es conveniente adoptar una postura de «legítima defensa». Es el Dios oculto en la historia, que se ofrece como fuente de vida y de sentido a todo el que se abre a su gracia. El «tesoro escondido» que llena de alegría a quien lo descubre (Mt 13,44), «la levadura» que hace fermentar la vida entera (Mt 13,33), «el grano de mostaza» cargado de futuro (Mt 13,31-32).

Dios es siempre alguien escondido en la historia. Sólo al final «Dios será todo en todas las cosas» (1 Co 15,28). Hoy sólo lo podemos percibir allí donde se dan los signos humildes de su Reinado. ¿Dónde está hoy Dios? No podemos de-

cir «está aquí» o «está allí», pero siguiendo a Jesús podemos afirmar: allí donde se ofrece esperanza a los que no tienen nada que esperar de este mundo, allí donde se acoge a los pobres que no acoge nadie, allí donde se hace justicia a los maltratados por la vida y por esta sociedad inhumana, allí donde se ofrece perdón y posibilidad de rehabilitación, allí donde se promueve solidaridad y fraternidad... allí se está anunciando la presencia humilde del Reino de Dios.

- ***Presencia cercana y respetuosa de Dios***

**35.** Son bastantes los que se quejan de que Dios es demasiado invisible y no se le ve intervenir en nuestras vidas, ni siquiera para reaccionar al menos ante las injusticias más graves. No han descubierto todavía que Dios es invisible porque es infinitamente respetuoso ante la libertad de los hombres.

Otros le ven a Dios interviniendo constantemente en nuestra vida y perciben su «divina providencia» en sucesos inesperados que los preservan de la desgracia o en golpes de fortuna que mejoran su suerte.

Ciertamente, el Dios que se nos revela en Jesucristo es un Dios que no olvida a criaturas ni las abandona. Un Dios fiel, cuya presencia amorosa y discreta puede el creyente percibir en medio de las vicisitudes de la vida cotidiana pues nuestra existencia se sostiene radicalmente en Dios.

Pero sería una equivocación esperar que Dios intervenga de manera imprevista cambiando el rumbo de las cosas, al margen de las leyes del mundo y de las decisiones de los hombres. Al contrario, su presencia discreta y respetuosa en el corazón mismo de la existencia es la que funda la autonomía del mundo y la libertad de los hombres. Dios está tan cerca de nosotros que nos deja ser nosotros mismos.

A este Dios cercano lo podemos escuchar en las experiencias más normales de nuestra vida. En nuestras tristezas inexplicables, en la sed insaciable de felicidad, en nuestro amor frágil, en nuestras añoranzas y anhelos, en las preguntas más hondas, en nuestro pecado más secreto, en nuestras decisiones responsables, en la búsqueda sincera.

Sólo necesitamos unos ojos más limpios y sencillos, una atención más honda y despierta hacia el misterio de la vida, una escucha más fiel de los innumerables mensajes y llamadas que irradia la misma vida. Esa vida que tiene su origen en Dios.

## **Dios es amor**

**36.** La conclusión a la que han llegado los discípulos, que han vivido el acontecimiento de Jesucristo, es clara: «Dios es amor» (1 Jn 4,8). En Jesucristo se nos ha revelado Dios como acontecimiento irradiante de amor.

- ***Dios, misterio de amor***

Basta escuchar el mensaje de Jesús y seguir todo su vivir y su morir para descubrir que el Dios que se acerca a los hombres es amor, entrega infinita, perdón sin límites, misericordia gratuita, gracia que se concede sin condiciones previas.

Dios es Padre que acoge al hijo perdido y le ofrece una nueva posibilidad de existencia gozosa (Lc 15,11-32). Es amor que busca al hombre perdido precisamente porque está perdido (Lc 15,4-7). No es el dios de un perdón calculado, «hasta siete veces», sino el que perdona sin límites, «hasta setenta veces siete» (Mt 18,21-22). El primero en amar a sus enemigos y acoger a los pecadores (Mt 5,43-48; Lc 15,2). Un Dios que prefiere la misericordia a los sacrificios rituales y exige reconciliación y fraternidad para que el culto sea verdadero (Mt 12,7; 5,23-24).

Pero, como veremos más adelante, es en la cruz donde se nos revelará de manera definitiva el amor respetuoso y sin límites de Dios al hombre, su perdón infinito a una humanidad que lo rechaza, su entrega salvadora a unos hombres que lo crucifican.

Cuando afirmamos que Dios es amor, no estamos diciendo que Dios tiene una capacidad infinita de amar como pueda tener poder infinito de actuar o capacidad infinita de conocer. Estamos tratando de expresar el misterio último de Dios diciendo que Dios es el amor mismo, irradiación infinita de amor, dinamismo insondable de amor, origen y meta de todo lo que puede ser llamado amor.

Dios es sólo amor y desde ahí hemos de comenzar a pensar a Dios. Es cierto que Dios es omnipotente, pero su omnipotencia es la omnipotencia de quien sólo es amor. Dios no lo puede todo. Dios no puede manipular, humillar, abusar, destruir. Dios sólo puede lo que puede el amor infinito. Es el amor de Dios el que es omnipotente. Y cuando olvidamos esto y nos salimos de la esfera del amor comenzamos a fabricar un Dios falso que no existe.

- ***Crear en el amor***

**37.** La conversión que siempre necesitamos los cristianos es el paso progresivo de la consideración de un Dios como Poder indefinido a la aceptación de un Dios adorado gozosamente como Amor poderoso. Cuando no hemos descubierto todavía que Dios es sólo amor, fácilmente nos relacionamos con él desde el interés o el miedo. Un interés que nos mueve a utilizar su omnipotencia para oscuros deseos. O un miedo que nos lleva a buscar toda clase de medios para defendernos de su poder amenazador.

Es muy difícil abrirse a alguien del que sólo sospechamos que es omnipotente. Es mejor ser cautos y salvaguardar nuestra independencia. Nos resistimos a que ese Dios conozca lo que somos y lo que hacemos. No podemos soportar que ese Dios sondee los rincones más oscuros de nuestro ser.

Sólo cuando el creyente intuye desde Jesucristo que Dios es sólo amor, y no puede ser otra cosa sino amor presente y palpitante en lo más hondo de nuestra existencia, comienza a crecer en su corazón la verdadera fe y la entrega confiada al Misterio de Dios.

- ***Obedecer al Amor***

**38.** Este Dios Amor cuestiona de raíz la manera espontánea como tendemos a situarnos ante Él. A los hombres nos cuesta creer en el amor infinito y gratuito de Dios. Preferimos, por si acaso, acumular méritos ante Él y organizarnos una religión que nos defienda de sus posibles reacciones. Hay una manera de aferrarse a las leyes y a las prácticas religiosas que, por exigente que parezca, no es sino búsqueda interesada de seguridad ante Dios.

La ley de Dios, cuando es mal entendida, se puede convertir en un obstáculo que impide a la persona el encuentro sincero con Dios y la apertura a sus verdaderas exigencias. El hombre intenta ser fiel no a un Dios amor, que nos remite siempre al amor y nos expone a las exigencias inesperadas del amor a todo hombre necesitado, sino a una ley que da seguridad y nos permite encerrar nuestra vida en el marco de unas normas y unas prácticas, sin que tengamos que escuchar las llamadas del amor y el clamor de los que sufren. Hay una manera de entender la moral y obedecer la Ley de Dios que no humaniza ni libera. Es la postura del «hijo mayor de la parábola» que puede decir a su padre que «jamás ha dejado de cumplir una orden suya» (Lc 15,29) y, sin embargo, es un hombre incapaz de acoger, amar y perdonar al hermano.

Abrirse al Dios revelado en su Hijo Jesús no es limitarse a obedecer unas leyes que contienen de alguna manera su voluntad. Es, antes que nada, acoger su amor gratuito, dejar crecer en nosotros su presencia amorosa y disponernos a amar a los hombres como hijos de ese Padre «que hace salir su sol sobre buenos y malos y llover sobre justos e injustos» (Mt 5,45). Sólo desde la experiencia del amor y la práctica de la entrega generosa y gratuita se puede crecer en el conocimiento del Dios verdadero: «Todo el que ama es nacido de Dios y a Dios conoce. El que no ama no conoce a Dios, porque Dios es amor» (1 Jn 4,7-8). Toda la moral cristiana no es sino el despliegue y la concreción de ese amor que nace de Dios.

Pero el amor de Dios no es sólo fuente de exigencia, sino promesa de gracia. Cometemos una grave equivocación cuando buscamos ocultar nuestro pecado, pacificar nuestra conciencia o justificar nuestra vida para poder, en un segundo momento, presentarnos ante Dios con una cierta dignidad.

Por muy grave que sea nuestro pecado, nunca es obstáculo para acercarnos humildemente al Dios del amor. Al contrario, pocas veces estamos los hombres tan cerca de Dios, dejándole a Dios ser Dios, como cuando nos reconocemos pecadores y acogemos agradecidos su perdón gratuito y su fuerza renovadora.

## **Dios es Padre**

**39.** Precisamente porque Dios es Amor, Jesús nos ha enseñado a invocarle como Padre. Esta invocación, llena de intimidad, cercanía y confianza es la que

ha de salir de labios de los creyentes. Como dice San Pablo, a los que son guiados por el Espíritu de Dios, ese mismo Espíritu de hijos les hace exclamar: «Abbá, Padre» (Rm 8,15).

- ***Invocar a Dios como Padre***

Llamar a Dios «Abbá», con la invocación misma de Jesús, significa que Dios es gracia, origen de nuestra existencia, amor creador que hace posible nuestra libertad, presencia liberadora que posibilita nuestro existir. Un Padre desde el que los hombres recibimos futuro y esperanza.

En Jesús se nos ha revelado que el misterio último del mundo no lo hemos de buscar en la fuerza, el poder, el orden o la arbitrariedad sino en el amor de un Padre. Ese Padre es el horizonte último desde el que hemos de comprendernos a nosotros mismos y hacia el que hemos de orientar nuestra existencia entera.

Siempre corremos los hombres el riesgo de perdernos a nosotros mismos y olvidar nuestra propia identidad. Invocar a Dios como Padre, siguiendo a Jesús, es aceptarnos como hijos que recibimos enteramente nuestra existencia y nuestra dignidad de ese Dios que es amor.

- ***La obediencia al Padre***

**40.** Pero significa también adoptar ante Dios una actitud de obediencia y fidelidad, de entrega confiada a su voluntad, de sumisión al que interpela constantemente nuestra existencia. ¿Puede ser todo esto entendido por los hombres de hoy? ¿No hemos de sospechar de esta «sumisión filial» a un Dios Padre como una de las maneras más sutiles de canalizar y ahogar la libertad y verdadera creatividad de los hombres? ¿No es necesaria también aquí la «rebelión contra el padre» que nos abra el paso hacia una verdadera liberación?

En Jesucristo descubrimos que «ser hijo» no significa vivir ante el fantasma paterno de Dios, asustados por su poder arbitrario, perseguidos por sentimientos de culpabilidad sin salida, obsesionados por ganarnos su benevolencia. Vivir como hijos de Dios significa sabernos enraizados en el amor originario de un Padre y remitidos a nuestra propia responsabilidad de hermanos entre los hombres.

Aceptar a Dios como Padre no anula nuestra responsabilidad sino que la estimula y la potencia sin límites. La obediencia a un Padre que sólo es amor liberador no hunde al creyente en la esclavitud y la alienación sino que lo empuja a la total responsabilización ante el hermano, ante el mundo y ante la vida entera.

No se puede obedecer a un Padre que ama sin límites a los hombres, sin sentirse exigido radicalmente a vivir la fraternidad. Sólo se puede ser *hijo* de Dios viviendo como *hermano* de los hombres. Sólo se puede ser justo ante Dios promoviendo su justicia de Padre entre los hermanos.

Precisamente cuando olvidamos a este Padre que nos remite a los hermanos, caemos en la esclavitud de ídolos como el dinero, el poder, el sexo, el propio

bienestar o la violencia, que nos encierran en nosotros mismos y nos llevan al olvido de los hombres que sufren.

Crear en el Dios de Jesucristo es aprender a rezar el Padrenuestro, confiando nuestra existencia a Dios y trabajando para que su reino de Padre sea cada vez más real en una sociedad tan dividida y enfrentada como la nuestra.

## **El Dios de los pobres**

**41.** Precisamente porque es Padre que ama sin discriminaciones a los hombres, Dios es Buena Noticia para los pobres. El Dios de Jesucristo es el Dios de los pobres, los indefensos, los perdidos, los que son víctimas de los poderosos, los maltratados por los abusos de los fuertes y los violentos, las gentes a las que nadie hace justicia, las personas para quienes no hay sitio en las estructuras sociales ni en el corazón de los hombres.

Nos encontramos aquí ante algo que puede parecer sorprendente y escandaloso, pero que no es fruto de ninguna arbitrariedad divina sino exigencia profunda de quien es sólo amor liberador. ¿Por qué el Reino de Dios es Buena Noticia para los pobres? ¿Tal vez, Dios no es neutral? ¿Son, acaso, los pobres mejores que los demás para merecer un trato privilegiado de parte de Dios?

La única razón es que son pobres y necesitados, y Dios, Padre de todos, no puede reinar entre los hombres sino haciendo justicia precisamente a quienes nadie se la hace (Sal 72,12-14; 146,7-10). Dios no puede amar a los hombres sino defendiendo a quienes se ven privados de amor y de justicia.

Por eso, el Dios de Jesucristo es un Dios identificado con los pobres y necesitados. Y cuanto se le hace a uno de esos hermanos pequeños se le hace a Él (Mt 25,40). El pobre es auténtico sacramento de la presencia de Dios. El encuentro más puro y menos ambiguo con el verdadero Dios se da en ese servicio liberador al pobre donde se revela y oculta el propio Dios.

Dios está con los pobres que sufren y mueren por falta de justicia y compasión, sufriendo con ellos y asumiendo misteriosamente su dolor. Y está con aquellos que luchan contra la injusticia, los abusos y los egoísmos que matan al pobre, sosteniendo su esfuerzo, purificando su lucha y abriendo el horizonte de su esperanza en medio de los fracasos.

Esta irrupción de Dios en medio de la vida dolorosa e injusta de los hombres es comprendida únicamente por los hombres y mujeres sencillos y pobres, como un regalo que el Padre les hace precisamente a ellos: «Bendito seas Padre, Señor de cielo y tierra, porque has escondido estas cosas a los sabios y entendidos y se las has descubierto a la gente sencilla» (Mt 11,25-26). Sólo desde la actitud del pobre y necesitado se descubre al verdadero Dios y se entra en la dinámica de su reinado y su justicia. Desde el poder, la riqueza, el egoísmo y la opresión, el hombre se queda fuera, en el exterior, sin entrar en el Reino de Dios.

Los creyentes no hemos de olvidar que confesar la trascendencia de Dios no es sólo aceptar teóricamente que Dios desborda nuestra inteligencia y nues-

tro pensamiento. Es también escuchar la invitación que nos hace desde los pobres y desheredados de la tierra y sentirnos urgidos a salir de nosotros mismos, trascender nuestros propios egoísmos e intereses y ponernos al servicio de los necesitados de amor y solidaridad.

## **Un Dios crucificado**

**42.** Pero, ¿cómo seguir hablando de un Dios defensor de los pobres si éstos siguen abandonados, crucificados por la injusticia de los hombres? ¿Cómo creer en un Dios amigo de la vida cuando tantos inocentes caen víctimas del hambre, la miseria y las desgracias? ¿Cómo anunciar el reinado actual de Dios si lo que reina entre nosotros es la violencia y la muerte? ¿Dónde está Dios cuando sus hijos sufren y mueren? Si Dios es realmente nuestro Padre y, al mismo tiempo, Señor del mundo, ¿por qué no evita las desgracias? ¿Por qué se calla? ¿Dónde se oculta?

### **• *La respuesta de Dios al sufrimiento***

Estas quejas doloridas proceden, con frecuencia, no de los que sufren los horrores de una vida inhumana sino de los espectadores saturados de bienestar que sólo conocen ese sufrimiento desde la pantalla del televisor o la relación fría de las estadísticas. Curiosamente son, muchas veces, los que asisten desde fuera al espectáculo del sufrimiento humano los que alzan su voz contra Dios, mientras las víctimas nos sorprenden con su silencio y su serenidad. Parecen estar en el secreto de algo que se escapa a los primeros.

Pero la queja no es por ello menos verdadera: ¿Dónde está Dios? ¿Qué dice ante el sufrimiento de todos y cada uno de los seres humanos?

Si queremos conocer la respuesta de Dios al sufrimiento de los hombres la tenemos que descubrir en el rostro infamado y torturado del Crucificado. La cruz de Jesucristo es para los cristianos la revelación decisiva de Dios, aunque siga siendo también hoy «escandaloso» para todos los judíos que pidan señales y «necedad» para los griegos que busquen sabiduría. Nosotros seguimos predicando al Crucificado porque creemos encontrar en él «fuerza de Dios y sabiduría de Dios» y porque seguimos convencidos de que «la necedad divina es más sabia que la sabiduría de los hombres, y la debilidad divina más fuerte que la fuerza de los hombres» (1 Co 1,22-25).

Un «Dios crucificado» constituye una auténtica revolución y nos obliga a cuestionar todas nuestras imágenes de Dios. El Crucificado no tiene el rostro que nosotros atribuimos a la divinidad. En la cruz no hay belleza, poder, fuerza, sabiduría, majestad. En la cruz, o se termina toda nuestra fe en Dios o se abre a una comprensión nueva y sorprendente de su misterio.

### **• *Dios sufre con nosotros***

**43.** Lo primero que descubrimos en el Crucificado es que Dios no se nos revela en el poder ni en lo sublime, sino en la impotencia y la debilidad de quien no tiene más recursos que el amor solidario. El verdadero poder de Dios se revela

en la impotencia. Dios es impotente y débil en el mundo, y solamente así está junto a nosotros y nos salva.

En la cruz se nos manifiesta el verdadero poder del amor de Dios. El amor de Dios es grande y no necesita luchar contra los poderes mundanos que lo rechazan. El amor de Dios es fuerte y no necesita defenderse de los que lo crucifican. El amor de Dios es estable y no necesita destruir a los que lo matan. El amor de Dios es infinito, perdona siempre, salva desde el fracaso, vence desde la impotencia, suscita vida desde la muerte y redime al hombre cuando éste comete en su Dios el mayor pecado.

En todas las religiones, lo divino ha sido fácilmente aureolado de poder. Pero es peligroso y ambiguo atribuir ligeramente un poder a la divinidad, sobre todo, cuando, a continuación, nos apropiamos de ese Dios y lo utilizamos para legitimar situaciones y sistemas de poder al servicio de los más fuertes y poderosos. El verdadero poder de Dios está en la impotencia, la humillación y el sufrimiento con los débiles y crucificados.

Precisamente es esto lo que descubrimos en la cruz. Dios no es impasible ni insensible a nuestro sufrimiento. En la cruz descubrimos sorprendidos que Dios sufre con nosotros. Nuestra miseria le afecta. Nuestro sufrimiento «le salpica». Dios no puede amarnos sin sufrir.

En la cruz se nos revela así que Dios combate el mal sólo con el poder del amor. No «desde fuera», con intervenciones prodigiosas, sino «desde dentro», haciendo suyo el sufrimiento de los que sufren.

- ***La presencia del Crucificado en nuestros días***

**44.** A este «Dios crucificado» no se le puede «entender» desde categorías filosóficas. Sólo se le «entiende» cuando sabemos crucificarnos con Él por amor a los que sufren. Este «Dios crucificado» impide una fe ingenua y egoísta en cualquier Dios poderoso puesto al servicio de nuestros propios intereses. Este Dios orienta nuestra mirada hacia el sufrimiento, el abandono y los gritos de tantos hombres y mujeres crucificados por la injusticia.

Este Dios crucificado prolonga hoy su presencia en los nuevos crucificados de nuestros días. La mejor manera de encontrarlo es sufrir con los que sufren, permanecer con Él en la pasión de los crucificados.

Por último, en la cruz se nos revela hasta qué punto el amor de Dios respeta la libertad de los hombres poniendo en nuestras manos la marcha de la historia. Dios no nos salva arrancándonos del mundo y liberándonos de los sufrimientos de la historia. Dios nos salva encarnándose en el mundo y sumergiéndose en nuestra impotencia y nuestro sufrimiento.

El silencio incomprensible de Dios ante nuestro dolor no es el silencio de alguien lejano e indiferente. Es el silencio de un Dios que sufre junto a nosotros y habita desde dentro nuestro dolor. Esta presencia de Dios, que no rompe las leyes de la naturaleza ni cambia el rumbo de los acontecimientos no es, sin embargo, algo inútil o estéril. Es la presencia humilde, respetuosa y solidaria de un



Padre que conduce misteriosamente la existencia dolorosa de los hombres hacia la vida definitiva.

## **Dios, futuro del hombre**

**45.** Sólo en Cristo resucitado descubrimos los cristianos de manera decisiva a ese Dios que San Pablo llama «el Dios de la esperanza» (Rm 15,13). Al conocer «la fuerza poderosa que Dios ha desplegado en Cristo resucitándole de entre los muertos» hemos podido conocer «cuál es la esperanza a la que hemos sido llamados por Él» (Ef 1,18-20). Al resucitar a Jesús, Dios se nos revela no sólo como el Creador de la vida que está en el inicio de todo dando origen a la existencia, sino también como el Salvador de la vida que nos espera al final, con fuerza para vencer el poder destructor de la muerte. Dios es Alfa y Omega. Principio y fin. Amor que nos crea y nos salva.

- ***Dios, resucitador de la vida***

Dios no es Dios de muertos, sino de vivos. Dios no está de acuerdo con una existencia llena de sufrimientos, contradicciones y dolor, destinada fatalmente a una muerte que rompe todos nuestros logros y vacía de sentido nuestros proyectos. En Cristo resucitado por el Padre descubrimos que Dios no defraudará jamás a quienes lo invoquen como «Abbá», pues está dispuesto a salvar al hombre por encima de todo, incluso por encima de la muerte.

Dios no permitirá que una vida vivida «en el espíritu de Jesús», desde el amor y para el amor, en la obediencia al Padre y el servicio a los hermanos, termine en la destrucción de la muerte. En medio de esta vida en que todo se encamina hacia la muerte, nosotros «no ponemos nuestra confianza en nosotros mismos, sino en Dios que resucita a los muertos» (2 Co 1,9).

En la resurrección de Jesucristo, Dios mismo se nos ha desvelado como el horizonte último que da sentido a la historia humana. Ahora sabemos que la humanidad no camina hacia el vacío. La historia de los hombres no es algo enigmático, sin meta ni salida alguna. La vida de los hombres no es un breve paréntesis entre dos vacíos silenciosos. El sufrimiento, las injusticias, la opresión, la muerte... no tienen la última palabra. El mal ha quedado «despojada» de su poderío absoluto.

Es cierto que las muertes, las luchas y las lágrimas de los hombres continúan. Pero, ahora sabemos que a esta vida «crucificada» le espera resurrección. Es cierto que en el mundo sufrimos «tribulación», pero vivimos con esperanza porque Dios ha vencido en Cristo al mundo (Jn 16,33). Nuestra existencia sigue estando trabajada por el sufrimiento y la contradicción, pero «nuestra vida está oculta con Cristo en Dios y cuando aparezca Cristo, nuestra vida, entonces también nosotros apareceremos gloriosos con Él» (Col 3,3-4).

- ***La justicia final de Dios***

**46.** Pero hemos de decir algo más. En la resurrección de Cristo no se nos revela solamente el triunfo de la fuerza salvadora de Dios sobre el mal y la muerte,

sino también la victoria de la justicia de Dios por encima de las injusticias de los hombres. La intervención salvadora de Dios resucitando al Crucificado nos revela su protesta final y reacción decisiva ante la injusticia y la violación de la dignidad humana. Dios es el defensor y salvador último de los crucificados.

Esto significa que la resurrección de Jesucristo es esperanza, en primer lugar, para los crucificados. No puede esperar resurrección cualquier vida, sino la existencia vivida con el espíritu del Crucificado. Sólo desde la participación humilde en la crucifixión de Jesús podemos esperar la resurrección. Una vida crucificada en el servicio a los hermanos y en la defensa de los crucificados es la mejor expresión de fe y de esperanza en el Dios de Jesucristo.

No todos resucitarán a la vida eterna de Dios. San Pablo nos advierte que «Aquél que resucitó a Cristo Jesús de entre los muertos dará también vida a nuestros cuerpos mortales, si el Espíritu de Aquél que resucitó a Jesús habita en nosotros» (Rm 8,11). Dios es amor dispuesto siempre a salvar, oferta permanente de gracia, fuente infinita de perdón. Pero, es al mismo tiempo, infinitamente respetuoso de nuestra libertad. El hombre que con plena conciencia y deliberación rehúsa hasta el final el amor de Dios no puede ser forzado por Dios a vivir con Él. Por eso, «de Dios nadie se burla. Pues lo que uno siembre, eso cosechará: el que siembre en su carne, de la carne cosechará corrupción; el que siembre en el Espíritu, del Espíritu cosechará vida eterna» (Ga 6,7-8). Los creyentes hemos de recordar siempre que «no todo el que diga ‘Señor, Señor’ entrará en el Reino de los cielos, sino el que haga la voluntad del Padre celestial» (Mt 7,21).

Pero, todos y cada uno de nosotros tenemos ya en Dios un lugar preparado por el mismo Jesús (Jn 14,2). El cielo del que hablamos los cristianos no es un lugar que está por encima de las estrellas, sino el lugar que los hombres tenemos en el corazón mismo de Dios: el espacio de felicidad plena y total que Cristo nos ha abierto para siempre en el interior mismo de Dios, la patria última de reconciliación y paz para la humanidad; Dios mismo, que «nos dará gratuitamente del manantial del agua de la vida» (Ap 21,6).

## **Un Dios Trinitario**

**47.** La fe de los cristianos en un Dios Trinitario no es ninguna especulación extraña e innecesaria inventada por una teología tardía, sino exigencia genuina que arranca del mismo Jesucristo y se nos revela de manera decisiva en su muerte y resurrección.

- ***Dios, misterio de amor trinitario***

Ya durante su vida, Jesús expresa en todo su ser y su actuar una cercanía, intimidad y vinculación total con un Dios al que invoca como Padre y al que se entrega confiadamente como Hijo. Por otra parte, Jesús vive conducido por la plenitud del Espíritu que desciende sobre él, le consagra para cumplir su misión (Mc 1,9-11; Lc 4,17-21) y le impulsa a realizar los gestos liberadores del Reino (Mt 12,28).

Pero es en Jesucristo crucificado y resucitado donde se nos revela de manera definitiva y plena el misterio de un Dios que es amor trinitario. La luz de la resurrección, en la que Dios se nos revela identificado con su Hijo Jesús, ilumina nuestros ojos para percibir, aunque sea de manera velada, la vida más íntima de Dios.

En la cruz, el Padre abandona a su Hijo Jesús y lo entrega sólo por amor. Al resucitarlo, le comunica su vida y lo acoge en su amor infinito. En la cruz, el Hijo, por su parte, obedece al Padre hasta el final, le deja al Padre ser Padre, para ser resucitado de manera definitiva a su vida divina. Este misterio de amor entre el Padre y el Hijo se realiza y consume en el Espíritu. Al morir, el Hijo «entrega su Espíritu» al Padre (Jn 19,30). El Padre lo resucita infundiendo en Él su Espíritu (Rm 8,11).

Cuando los cristianos confesamos la Trinidad de Dios, queremos afirmar que Dios no es un ser solitario, cerrado sobre sí mismo, sino un ser solidario. Dios es comunidad, vida compartida, entrega y donación mutua, comunión gozosa de vida. Dios es a la vez el que ama, el amado y el amor.

- ***Incorporados a la vida trinitaria***

**48.** Desde la revelación del amor trinitario comprendemos mejor que el amor de Dios no se inicie y se termine en sí mismo. Es amor abierto a los hombres, comunicado a la humanidad por el envío del Hijo que se encarna en nuestra carne (Jn 1,14) y por la efusión del Espíritu que se derrama en nuestros corazones (Rm 5,5).

En la cruz, el Padre nos ama hasta el punto de entregar a su propio Hijo por nosotros (Rm 8,32; Jn 3,16). El Hijo crucificado entrega la vida por nosotros, sus amigos (Jn 15,13). Este Hijo de Dios crucificado por nosotros y este Dios Padre con su Hijo colgado en una cruz, nos colocan a los hombres ante el misterio último de Dios cuyo amor sólo podemos adorar y celebrar.

Los hombres pertenecemos ya, de alguna manera, a la vida trinitaria insondable de ese Dios. El Padre no ama de una manera exclusiva al Hijo con un amor posesivo y celoso, sino que en el Hijo y con el Hijo nos ama a todos los hombres incorporados a Él. El Hijo no ama de manera solitaria al Padre, sino que en su amor filial nos lleva consigo a todos los hermanos. El Espíritu no enlaza en el amor sólo al Padre y al Hijo, sino que nos incorpora en la misma comunión a los que movidos por Él gritamos con espíritu filial: ¡Abbá, Padre!

Los hombres, creados a imagen y semejanza de ese Dios Trinitario, salvados por ese amor del Padre que nos ha enviado a su propio Hijo para vivir, morir y resucitar a la vida eterna por el Espíritu, estamos llamados, ya desde ahora, a vivir en comunión y sociedad fraterna.

- ***Confesar la Trinidad***

**49.** Confesar la Trinidad no es sólo reconocerla como principio, sino también aceptarla como modelo último de nuestra vida. Cuando afirmamos y respetamos las diferencias y el pluralismo entre los hombres, confesamos prácticamente la

distinción trinitaria de las personas. Cuando eliminamos las distancias y trabajamos por la igualdad real entre hombre y mujer, afortunado y desgraciado, cercano y lejano, afirmamos con nuestras obras la igualdad de las personas de la Trinidad. Cuando nos esforzamos por tener «un solo corazón y una sola alma» y sabemos «ponerlo todo en común» para que nadie sufra necesidad, estamos confesando al único Dios y acogiendo en nosotros su vida trinitaria.

Crear en el Dios trinitario no es algo superfluo. Es vivir creciendo como hombres desde el amor gratuito del Padre. Seguir a Jesús, el Hijo, en su obediencia filial al Padre y su amor incondicional a los hermanos. Dejarnos guiar siempre por el Espíritu, dando frutos de «amor, alegría, paz, paciencia, afabilidad, bondad, fidelidad, mansedumbre, templanza» (Ga 5,22).

### **Dios, nuestra esperanza**

**50.** Dios sigue siendo mayor que todas nuestras ideas, concepciones, imágenes y palabras. Dios siempre es misterio que permanece misterio. «Vive en una luz a la que nadie puede llegar» (1 Tm 6,16).

Pero nosotros creemos que «su gracia y su verdad nos han llegado por Jesucristo» (Jn 1,17) y a pesar de todas nuestras dudas, impurezas y debilidades, seguimos creyendo que es la única respuesta definitiva para la humanidad.

Él nos ofrece esperanza incommovible en un mundo cuyo horizonte parece cerrarse a todo optimismo ingenuo. Él nos descubre el sentido que puede orientar nuestras vidas en medio de una sociedad que nos ofrece toda clase de medios de vida, sin poder decirnos para qué hemos de vivir. Él nos ayuda a descubrir la verdadera alegría en medio de una civilización que nos proporciona tantas cosas, sin poder ofrecernos algo que nos haga definitivamente felices.

En Él tenemos la seguridad de que el amor triunfará. Ningún sufrimiento es definitivo. Ningún fracaso es absoluto, ningún pecado imperdonable, ninguna frustración decisiva. Hoy sólo le podemos buscar «a tientas». Pero un día nos encontraremos con Él y «le veremos tal cual es» (1 Jn 3,2). Dios habitará para siempre con los hombres y «enjuagará las lágrimas de nuestros ojos, y no habrá ya muerte ni habrá llanto, ni gritos ni fatigas, porque el mundo viejo habrá pasado» (Ap 21,4).

## IV.- CONVERSIÓN AL DIOS DE JESUCRISTO

**51.** «Jainko maitea, ordu zen noizbait lagunak egin gintezen» (Dios mío, ya era hora de que, al fin, nos hiciéramos amigos). Estas palabras del bertsolari Xalbador, al descubrir al Dios de Jesucristo amigo de la vida y del hombre después de muchos años vividos en la desconfianza y el miedo a un Dios severo, nos hacen entrever cuántas resistencias ante Él pueden ser arrumbadas o, al menos, debilitadas por el reencuentro con el Dios de Jesucristo.

Es bueno que confrontemos nuestra increencia, nuestras idolatrías y nuestras imágenes deformadas de Dios con el rostro auténtico, vigoroso, estimulador, infinitamente amable, del Dios que se nos ofrece en Jesús.

Ésta ha de ser nuestra tarea: buscar honestamente a ese Dios, rescatar nuestra fe en Él de sus adherencias idolátricas y purificarla de sus deformaciones.

### **Buscar al Dios de la fe**

Todos, creyentes e increyentes, hemos de comprometernos en una búsqueda humilde de Dios. A Dios sólo se le encuentra buscándole. No hemos de desatender el consejo de aquel apasionado buscador de Dios que fue San Agustín y cuya luz queremos ilumine la palabra que os dirigimos, en este Año Centenario de su conversión a Dios: «Si sientes ganas de escapar de Dios, no trates de esconderte de Él, escóndete en Él».

#### **• La búsqueda del increyente**

Ante el Dios de Jesucristo nadie puede parapetarse tras sus motivos, sus prejuicios o su desafección ante Él. La pregunta seria y responsable por Dios es cuestión de honestidad. Buscar al Dios cristiano significa para el increyente analizar y someter a crítica los motivos de su increencia, abriéndose humildemente al misterio último de la vida. Nosotros quisiéramos ayudarte a entrever el camino.

#### **a) Las preguntas**

**52.** La existencia del mal en el mundo, ¿conduce irremisiblemente a negar al Dios respetuoso de Jesús que busca el bien y padece el mal junto al hombre? ¿Es el mal un obstáculo insalvable para reconocer a ese Dios que, en la muerte y resurrección de Jesucristo, abre un horizonte nuevo a nuestra existencia dolorosa? Los increyentes *creen* que una vida traspasada por el mal no merece la pena. Los creyentes *creen* que, a pesar de todo, vale la pena vivir. La misma voluntad de vivir que subsiste en la inmensa mayoría de los mortales, en medio de todas sus calamidades, ¿no nos revela que es más razonable una opción creyente?

Confrontados lealmente al Dios de Jesucristo, ¿puede seguir manteniéndose que la adhesión a ese Dios es irremisiblemente generadora o legitimadora de la injusticia? ¿No existen hoy en el mundo pruebas palmarias del potencial

liberador de la fe? Por el contrario, un ateísmo llevado hasta sus últimas consecuencias, ¿no hace inconsistente toda causa digna del hombre y, por tanto, también la justicia?

¿Es preciso negar al Dios revelado en Jesucristo para afirmar la dignidad y la libertad del ser humano? ¿No es justamente ese Dios liberador quien puede garantizarlas y estimular radicalmente al hombre a trabajar por ellas?

Que Dios no sea científicamente comprobable, ¿significa que no existe? ¿No hay en el hombre otras formas de conocimiento más fundamentales que el conocimiento científico? ¿No hay formas de encuentro auténtico, profundamente humanas, basadas en la confianza y el amor, y no sometibles al estrecho rigor de las ciencias?

¿Puede la ciencia cimentar una ética? ¿Qué criterios ofrece para valorar la bondad y reprobar la crueldad? ¿Es posible construir una verdadera ética sin el fundamento incondicionado e incondicionable de Dios? ¿En qué se fundan la dignidad, la responsabilidad y la solidaridad del hombre si no están sostenidas en Dios Padre de todos y cada uno de nosotros? ¿No está mostrando la ciencia su esterilidad para fundamentar el comportamiento ético? El ocaso de Dios en occidente, ¿ha provocado un nuevo amanecer de la ética o más bien su hundimiento?

Pueden parecer muchas preguntas, pero todas ellas ayudan a ampliar el horizonte de la búsqueda y convergen hacia la pregunta decisiva: la fe en el Dios de Jesucristo, ¿no nos brinda fundada paciencia y estímulo para el presente, fundado agradecimiento respecto al pasado, fundada esperanza ante el futuro?

## **b) El sentido**

**53.** La perenne inquietud del corazón humano apremia a todos a plantearse un problema crucial al que la increencia no ha sabido responder. Es la cuestión del sentido de la vida humana y del universo.

El hombre no se contenta mientras no sabe qué nos cabe esperar. Ninguna ideología fría, ningún clima espiritual inhóspito, ninguna prohibición intelectual puede sofocar la pregunta sobre el sentido y el futuro del hombre: ¿para qué estamos aquí?, ¿qué sentido tiene nuestra vida?, ¿es la muerte la meta definitiva?, ¿qué nos dará coraje para vivir y coraje para morir?

Es impresionante constatar que el hombre conozca hoy tanto acerca de sus orígenes y tan poco acerca de su destino; que sea tan lúcido para encontrar los medios y tan ciego para descubrir los fines.

Las preguntas por el sentido último del hombre y de la vida fluyen en la misma medida en que el hombre se detiene y profundiza. Emergen en el bloque occidental y en el oriental, en los prósperos pueblos del norte y en los míseros pueblos del sur. Y emergen a pesar de la «censura» a que son sometidas por los posicionamientos ideologizados del tercer mundo, la ortodoxia marxista del bloque soviético y el positivismo reductor de occidente.

En nuestro entorno occidental observamos, por otra parte, que la pregunta por el sentido de la vida tiende a ser amordazada por una mentalidad y una sensibilidad que perentoriamente proclaman que «la pregunta por el sentido no tiene sentido». En consecuencia, tampoco lo tiene la pregunta por Dios.

Este silencio vergonzante sobre Dios se ha hecho, entre nosotros, característico de bastantes intelectuales y artistas y se está extendiendo manifiestamente a los medios de comunicación social. Se diría, incluso, que la intensidad misma de nuestro pasado religioso refuerza ahora este silencio.

Ciertamente, es más cómodo no remover la pregunta infinita que somos nosotros mismos. «Es más fácil dejarse hundir en el propio vacío que en el abismo del misterio santo de Dios, pero no supone más coraje ni tampoco más verdad» (K. Rahner).

Porque las preguntas por Dios y el sentido último de la existencia no son un «lujo burgués». No son subterfugios para la evasión, sino incentivos para la acción. ¿Puede el hombre seguir caminando mucho tiempo sin saber a dónde va? ¿El vacío de sentido no produce aburrimiento y hastío? Las neurosis de falta de sentido para el vivir diario se han multiplicado en nuestro tiempo. Ciertamente, la necesidad de sentido no es una más: es la necesidad, porque sólo el sentido hace posible seguir buscando respuesta a las otras necesidades.

Aunque las catástrofes naturales, los dramas humanos insolubles, la miseria de los pueblos, las muertes súbitas y trágicas... parecen insinuar que la vida no tiene sentido, otras experiencias nos hacen entrever que ese sentido está garantizado: la sed insaciable de saber y de amar; el compromiso generoso con los necesitados; la consistencia de la fidelidad; la existencia de la ternura...

Nos encontramos, pues, en la encrucijada de optar entre el sentido y el sinsentido, entre el absurdo y la esperanza. En esta decisiva apuesta, mientras el creyente se confía con gratitud al Dios de Jesucristo, el increyente, por su parte, puede orar más de una vez a Dios con aquella honestidad con que lo hacía Carlos de Foucauld: «Dios mío, si existes, haz que yo te conozca».

- ***La búsqueda del creyente***

**54.** Dice San Agustín que Dios «da al que le encuentra más capacidad para seguir buscándole». Os invitamos a todos los creyentes a vivir hoy esta búsqueda de Dios, inmersos humildemente en el clima espiritual de nuestro tiempo. La convivencia fraterna con otros hombres y mujeres que ignoran a Dios, lo niegan e incluso lo combaten, nos invita a vivir hoy nuestra fe no como poseedores felices y satisfechos sino buscando purificarla, practicarla y testificarla.

- a) Purificar la fe**

Casi siempre, los increyentes rechazan a un Dios «enemigo del hombre» que no es el Dios revelado en Jesucristo. Pero esta falsa imagen de Dios no es mero fruto de un error mental o de una desviación moral. ¿No les hemos ofrecido los mismos cristianos motivos para que arraigara en ellos tan equivocada convicción?

La falta de un esfuerzo serio dentro de la misma Iglesia para progresar en el conocimiento propio de Dios, la sustitución parcial del verdadero Dios de Jesucristo en beneficio del Dios de la tradición filosófica, todo ello unido a nuestras infidelidades y pecados, han dado pie para que algunas corrientes críticas, no exentas a su vez de sus propias imperfecciones y culpabilidades, hayan podido atribuir a los cristianos esa inadmisibles y blasfema imagen del Dios enemigo del hombre. Así, por ejemplo, los celos excesivos con los que hemos saludado los movimientos liberadores en el campo del saber científico, de la configuración democrática de la convivencia y de la justicia social, han podido mostrar que nuestra efectiva idea de Dios no subrayaba con fuerza su condición de Dios de la vida y de Dios liberador.

Esta triste experiencia, sin embargo, puede constituir para nosotros una hermosa lección. Nos ha ayudado y nos ayuda a entender mejor que el Dios de Jesucristo es siempre mucho más grande que nuestras concepciones metafísicas de la divinidad y nos impulsa a revisar continuamente todos los esquemas dentro de los cuales podemos aprisionar y deformar a Dios.

### **b) Practicar la fe**

**55.** Queremos también recordaros las palabras del Concilio Vaticano II: «En esta génesis del ateísmo pueden tener parte no pequeña los propios creyentes en cuanto que ... con las deficiencias de su vida religiosa, moral y social han velado, más que revelado, el genuino rostro de Dios y de la religión» (*Gaudium et spes*, 19).

Creemos que, también entre nosotros, la incoherencia entre la fe y el comportamiento de los creyentes en su práctica religiosa, en su conducta ética y en sus actitudes sociales ha podido sembrar en no pocos hombres la desafección hacia la religión y la sospecha de la irrealidad de Dios.

Especial impacto ha podido producir la insensibilidad de muchos cristianos hacia las injusticias reales y flagrantes y, mucho más aún, la práctica de esas mismas injusticias por parte de no pocos de ellos. Todo esto nos ha hecho comprender mejor que la fe en Dios comporta irremisiblemente la exigencia de un compromiso práctico por la liberación del hombre. Un culto a Dios que coexista con una actitud de apatía ante las injusticias o complicidad en las mismas, es algo más que una frivolidad. Es una impostura.

### **c) Testificar la fe**

**56.** Sabemos que no pocos de vosotros sufrís al ver que personas amadas y seres queridos que llevan en sus venas vuestra propia sangre han abandonado la fe o viven prácticamente de espaldas a Dios.

Nuestra primera actitud no ha de ser el escándalo, la indignación ni siquiera el acoso para recuperar al «extraviado». Los creyentes hemos de aprender a vivir en esta nueva situación como testigos humildes del Dios vivo. Hemos de esforzarnos por vivir con tal fidelidad y coherencia nuestras propias convicciones cristianas que nuestra vida se convierta en interrogante y estímulo que anime a buscar con sinceridad la verdad última de la vida en Dios.



Nuestra sociedad está necesitada de creyentes que sepan «dar razón de su esperanza» (1 P 3,15) con su palabra y con su vida entera. Tal vez, una de las cuestiones más decisivas para el futuro de la fe en nuestro pueblo, en otros tiempos tan hondamente religioso, sea el poder verificar si los hombres son más libres, más dichosos, más humanos y más humanizadores cuando viven desde la fe en el Dios de Jesucristo o cuando la abandonan para actuar al margen de sus llamadas y de sus promesas.

En el interior mismo de esta Iglesia nuestra, tan preocupada por mil cuestiones y problemas, hemos de preguntarnos si estamos cumpliendo esa tarea prioritaria: «Ser ante el mundo testigos de la resurrección y de la vida de nuestro Señor Jesucristo, y señal del Dios verdadero» (*Lumen gentium*, 38).

### • **Pistas y actitudes para buscar a Dios**

**57.** De modo diferente, creyentes e increyentes estamos llamados, pues, al encuentro con Dios. Pero, ¿dónde hallar las señales de su presencia?, ¿en qué actitud iniciar y proseguir su búsqueda?

#### **a) Las señales**

La gran señal de Dios es Jesucristo. Él es «la manifestación de la bondad de Dios nuestro salvador y de su amor a los hombres» (Tt 3,4). Estamos persuadidos de que, para muchos, conocer mejor a Jesús, leer sinceramente y sin prejuicios su mensaje evangélico, dejarse ganar por su espíritu y su experiencia de Dios, sintonizar con sus actitudes fundamentales ante la vida, puede ser el camino más seguro para descubrir «la Buena Noticia de Dios» (Mc 1,15). Con palabras de San Agustín os invitamos a todos a entrar por él. «Si Él no hubiera accedido graciosamente a ser el camino, todos nos hubiéramos extraviado. No pierdas, pues, el tiempo buscando el camino. El camino mismo ha venido hasta ti. ¡Levántate y anda!».

Pero la vida del hombre y del mundo está también poblada de señales o indicios que apuntan hacia Dios. Ninguno de ellos es, desde luego, perentorio. Pueden resultar transparentes u opacos para reflejar a Dios y pueden suscitar una lectura creyente o increyente. Queremos recordaros algunas experiencias que nos parecen más evocadoras hoy para suscitar el gozo de la constatación de su presencia o, al menos, la nostalgia de su ausencia.

**58.** También hoy, a pesar y en contra de los estragos técnicos del hombre sobre *la naturaleza*, y a pesar y por encima de las congénitas limitaciones y accidentes que de siempre caracterizan a la Naturaleza, es posible al hombre moderno vislumbrar en ella a su Creador: «El cuadro que rodea la vida del hombre, este universo de las mil fuerzas, de las mil leyes, de las mil bellezas, de las mil profundidades... este escenario fascinante es una reverberación, es un reflejo de la primera y única luz, es una revelación natural de una extraordinaria riqueza y belleza, la cual debía ser una iniciación, un preludio, un anticipo, una invitación a la visión del Sol invisible al que nadie ha visto jamás...» (Pablo VI).

**59.** *La experiencia estética* y, más en concreto, el goce musical constituyen, también, otro de los grandes caminos de siempre para la intuición de Dios. La

presencia conmovedora de la hermosura en la obra de su creación, así como en la creación artística del hombre, ha sido vivida como apelación a la hermosura del propio supremo Artista. «Si la hermosura te encanta, ¿quién más hermoso que el que la hizo?» (San Agustín). Para muchos de vosotros sensibles a todo lo bello, ¿no puede ser la belleza terrena, experimentada hondamente de diversas formas, signo gozoso que os invita y os remite desde ahora a la absoluta belleza y gloria de Dios?

Pero son quizás las experiencias más directamente humanas las que muestran hoy un atractivo y una fuerza especiales. Reseñamos tan sólo algunas de las más ricas.

**60.** Queremos recordar, en primer lugar, la experiencia de *los deseos ilimitados* del corazón humano frente a su propia limitación y la limitación de todo lo que le rodea. Nada ni nadie puede saciar satisfactoriamente nuestro deseo de infinito. «El que pone su esperanza en el cosmos, en el conjunto de lo de aquí, tendrá más tarde o más temprano que enterrar su esperanza» (T. S. Eliot). Sin embargo, frente a esa hermética falta de promesas por parte del cosmos, los deseos humanos no cesan de tantear, una y otra vez, acertada o desacertadamente, hacia el Infinito. Desde esta experiencia, San Agustín y tantísimos seres humanos con él han podido clamar: «Nos hiciste, Señor, para Ti y nuestro corazón está inquieto hasta que descanse en Ti».

**61.** Paradójicamente, también la experiencia del *sufrimiento* puede orientarnos hacia Dios. El dolor físico o moral descabalga por un momento ese triunfador «todopoderoso» que somos cuando estamos sumidos en plena actividad. Nos muestra la otra cara del hombre, tan real como la primera. Este cambio de luz, este contraste puede ser momento apto para que Dios se nos muestre más cercano. La muerte de un ser querido, el anuncio de una enfermedad sin solución, la frustración de un amor, el fracaso en una empresa importante... son acontecimientos que pueden despertar en nosotros la desesperación, pero son también experiencias que nos ponen en contacto con nuestra propia limitación en toda su desnudez y nos invitan a una respuesta más radical. También entonces, quizás como nunca, podemos escuchar a Dios: «No temas, que Yo soy. Yo estoy contigo». Sufrir el dolor en nuestra propia carne o inclinarnos sobre el dolor del prójimo puede tornarse así en un destello de Dios.

**62.** *Las experiencias de plenitud*, por pasajeras que puedan ser, nos permiten avivar el gusto por la vida y saborear la existencia de una manera casi siempre más rica y renovadora que toda nuestra lógica. Y, al mismo tiempo, nos ayudan a entrever, al trasluz, otra plenitud insondable. Los momentos de éxtasis amoroso de dos esposos, la experiencia de ser padre o madre en muchas ocasiones, el trance de la creación estética o del descubrimiento científico o simplemente el trabajo bien acabado, en momentos en que puede hacerse verdad el deseo de D. Bonhoeffer: «Quiero encontrarte, Señor, en la plenitud».

**63.** Queremos recordaros también la experiencia de *la mutua acogida y el perdón*. En ocasiones nos resulta más fácil menospreciarnos a nosotros mismos que acogernos y amarnos con humildad. La acogida que recibimos y damos, el mutuo perdón y la comprensión recíproca, nos liberan de la inseguridad, la soledad y el autodesprecio y nos invitan a vislumbrar la acogida incondicional de

Dios en su Hijo Jesucristo. Entonces podemos sentir «el valor de aceptarnos como aceptados a pesar de ser inaceptables» (P. Tillich).

**64.** La experiencia de la *bondad humana*, de la *generosidad*, de la *ternura* constituyen, sin duda, el signo más vivo e inequívoco de la bondad y la cercanía de Dios. Como reconocía atinadamente el ateo profesor e inquieto que fue Jean Rostand: «El problema no es que haya el mal. Al contrario, lo que me extraña es el bien. Que de vez en cuando aparezca, como dice Schopenhauer, el milagro de la ternura. Es más bien esto lo que hará decir que todo no es molecular. La presencia del mal no me sorprende, pero esos pequeños relámpagos de bondad, esos rayos de ternura son para mí un gran problema». Para el creyente, el problema es el mal; en cambio, «esos pequeños relámpagos de bondad» son un gozo, porque te remiten con fuerza al Bien, al Amor.

**65.** También las experiencias de los santos, su recuerdo vivo, su imagen constituyen, aparte de su ejemplaridad ética, una fuente preciosa de conocimiento rico y jugoso de Dios. Tantos hombres y mujeres de cualidades y temperamentos variados, enraizados en tan diversos medios y momentos históricos, signo vivo de entrega incondicional a Dios y de amor y ternura hacia la familia humana. Santos canonizados y santos no canonizados, santos antiguos y santos de nuestros días. Su recuerdo y su compañía han enriquecido y seguirán enriqueciendo la búsqueda y el conocimiento de Dios de muchos otros hombres.

**66.** Queremos, por último, recordaros algunas *experiencias* que señala aquel gran teólogo y mejor creyente que fue K. Rahner, donde podemos experimentar «algo distinto» que nos invita a levantar nuestro corazón a Dios: «¿Hemos callado en momentos en que quisiéramos habernos defendido de algún trato injusto? ¿Hemos perdonado aun sin recibir recompensa ninguna por ello, aun cuando nuestro perdón callado fue aceptado como algo perfectamente natural? ¿Hemos hecho algún sacrificio sin que nuestro gesto haya merecido ni agradecimiento ni reconocimiento, incluso sin sentir una satisfacción interior? ¿Nos hemos decidido en alguna ocasión a hacer algo, siguiendo exclusivamente la voz de la conciencia, sabiendo que debíamos responder solos de nuestra decisión, sin poder explicársela a nadie? ¿Hemos tratado alguna vez de actuar puramente por amor a Dios, cuando nuestra acción parecía un salto en el vacío y casi resultaba absurda? ¿Tuvimos algún gesto amable para alguien sin esperar la respuesta del agradecimiento, sin sentir siquiera la satisfacción interior de ser desinteresados?». Si encontramos tales experiencias en nuestra vida, es que hemos tenido la gracia de encontrar, de alguna manera, al mismo Dios.

## **b) Las actitudes**

**67.** Pero éstas y otras muchas señales se pierden más de una vez, no porque no sean emitidas sino porque no son registradas. Para recibir las señales que nos hablan de Dios es preciso tener el corazón despierto. Una doble actitud nos parece básica para ello: *entrar en sí mismo y salir de sí mismo*.

Entrar en sí mismo significa *pararse* y hacer silencio en nuestra vida. Con frecuencia vivimos programados y dirigidos desde el exterior. Desde fuera nos van dictando las ideas que hemos de tener, los ídolos que hemos de adorar, los productos que necesitamos comprar, la concepción de la vida que hemos de

asumir. Por otra parte, esta vida nuestra cada vez más agitada y dispersa nos impide escuchar nuestros interrogantes más profundos y nuestras aspiraciones más nobles. En medio del ruido, la agitación y el aturdimiento es difícil escuchar a Dios. Estamos persuadidos de que el silencio interior puede ser para muchos el inicio de un movimiento regenerador y de una actitud nueva ante el misterio de Dios.

**68.** Entrar en sí mismo significa *profundizar*. Son muchos los que caminan por la vida sin meta ni objetivo, empobrecidos por una nerviosa actividad, luchando por romper la monotonía diaria con diversiones e impresiones de todo orden, sin saber exactamente lo que quieren. Necesitamos ahondar más en nosotros mismos, descender al centro de nuestro ser. Alguna vez hemos de preguntarnos para qué vivimos, qué buscamos, qué esperamos, dejando para más tarde esas otras preguntas: cuánto ganaremos, cómo disfrutaremos, qué utilidad obtendremos. «No lo olvides: Dios llena los corazones, no los bolsillos» (San Agustín).

**69.** Cuando entramos en nosotros mismos es más difícil sustraernos a la luz de la verdad. Caen más fácilmente nuestros mecanismos defensivos: aflora *la sinceridad*. En la búsqueda de Dios, la honestidad es algo decisivo y anterior a toda decisión. Sólo quien ama la verdad sin eludirla y la acepta lealmente en su vida puede encontrarse con el Dios verdadero. La existencia humana, vivida honrada y sinceramente, lleva siempre hacia Dios, pues Dios está presente en todo movimiento sincero del corazón humano. «Puedes mentir a Dios, pero no puedes engañarle. Por tanto, cuando tratas de mentirle, te engañas a ti mismo» (San Agustín).

**70.** Cuando entramos en nosotros mismos, aceptamos con menos dolor la verdad de nuestra vida: aflora *la humildad*. Confesar nuestro cansancio, nuestra dejadez, nuestra cobardía y nuestro pecado, nos conduce más fácilmente a aceptar «el vacío infinito» que somos los hombres. Experimentar nuestros límites y aceptarnos modestamente en nuestra fragilidad es ya, de alguna manera, reconocer «lo infinito que vive en nosotros pero que no somos nosotros» (L. Boros).

**71.** En definitiva, lo importante es «estar abierto», ponerse al alcance de Dios, desear su presencia, romper todas las barreras, acoger su visita. «Vivir cerca o lejos de Dios no es una cuestión de espacio sino de afecto. ¿Amas a Dios? Estás cerca de Él. ¿Le has olvidado? Estás lejos de Él» (San Agustín).

**72.** Pero entrar en sí mismo no ha de significar nunca encerrarnos egoístamente en nosotros mismos, haciendo de nuestro propio «yo» el centro de nuestra vida. Para buscar a Dios, hemos de aprender a «salir de nosotros».

Con frecuencia, no queremos enfrentarnos con las cosas, los acontecimientos y las personas. Pasamos de largo ante los sufrimientos y los gozos de los demás. Sólo nos detenemos ante lo que puede servir a nuestros intereses. Poco a poco, nuestra vida se va llenando de cosas, proyectos y relaciones interesadas, pero se va vaciando de verdadera alegría. Aunque no lo confesemos abiertamente sabemos que, muchas veces, nuestra vida está hecha de hipocresía hacia nosotros mismos, relación indiferente y artificial con el mundo y vacío interior.

¿No es, precisamente, este modo de vivir el mayor obstáculo para abrirnos al Dios vivo y verdadero?

**73.** Salimos de nosotros mismos cuando amamos de verdad, con fidelidad y ternura. Amar nos emparenta con Aquél que es amor. «Todo el que ama ha nacido de Dios y conoce a Dios... porque Dios es amor» (1 Jn 4,7-8). Cuando amamos «practicamos a Dios» y nos adentramos en Él. Cuando vivimos y experimentamos el amor, la solidaridad o la amistad captamos con más claridad lo definitivo, la felicidad a la que estamos llamados. «A Dios nadie le ha visto nunca, pero si nos amamos unos a otros Dios permanece en nosotros» (1 Jn 4,12).

Todos sabemos por experiencia que en el amor y la amistad humana siempre hay alguna tristeza, dispersión, insatisfacción, infidelidad o desagradecimiento. El ser a quien nos hemos entregado, no es la plenitud. Entonces presentimos que nuestro corazón sigue latiendo hacia el que es amor absoluto.

**74.** Salimos de nosotros mismos cuando pasamos de la servidumbre del propio yo al servicio de los demás. La bondad activa y el servicio liberador nos ayudan a entender la vida de otra manera y nos preparan para acoger al Dios del amor gratuito. La actitud de servicio generoso nos puede liberar del endurecimiento interior, de la apatía, del agarrotamiento de los sentimientos, y disponernos más fácilmente a acoger al Padre de todos los hombres.

**75.** Salimos de nosotros mismos cuando el amor se traduce en proximidad, solidaridad y compromiso por los pobres. Con frecuencia, nuestros días vienen y van y nosotros seguimos encerrados en nuestro pequeño mundo, sordos a los clamores y los sufrimientos de los pobres y ajenos a su sufrimiento. Sin embargo, ellos son el lugar privilegiado para encontrar a Dios, pues en ellos se hace presente el Dios crucificado. Compartir su dolor, solidarizarnos con sus problemas, trabajar por su liberación es acercarnos al verdadero Dios con menos ambigüedad e impurezas que las que se encierran en otras búsquedas nuestras más interesadas.

## **Rescatar la fe**

**76.** La segunda tarea a la que os queremos invitar a todos es la de rescatar nuestra fe secuestrada por esos ídolos que, en un grado u otro, han venido a ocupar en nuestro corazón el lugar que sólo a Él corresponde.

### **• *Dios, purificador de nuestros ídolos***

Devolver al Dios de Jesucristo su verdadero lugar en nuestra vida y permitir que se haga cada vez más presente en nuestros proyectos, afanes y trabajos, no significa vaciar de todo contenido o menospreciar esas realidades a las que ofrendamos una adhesión desmedida sino, precisamente, darles su auténtico valor poniéndolas al servicio del hombre.

El Dios de Jesucristo no nos exige sacrificar lo que hay de valioso en nuestras vidas. Nos invita, por el contrario, a liberarnos de todo aquello que nos hace inhumanos y deshumanizadores. Estamos persuadidos de que el Dios de Jesu-

cristo nos puede curar de esa relación malsana que mantenemos con tantos ídolos que nos dominan.

**77.** *El dinero* es una realidad valiosa, un bien que puede y debe ser compartido. Nuestro riesgo no es poseerlo, sino ser poseídos por él. Jesús nos ha descubierto que «no se puede servir a Dios y al dinero» (Lc 16,13). Quien acoge en su vida práctica al Dios de los pobres no puede servir al dinero. Se siente más bien urgido a servirse del dinero para remedio de los necesitados. El Dios de Jesucristo nos invita a pasar del acumular al compartir.

**78.** *La sexualidad* es en sí misma una de las mayores riquezas del ser humano. Permite el encuentro gozoso del hombre y la mujer en el amor, y es fuente de vida, de generosidad y de ternura. Nuestra perenne tentación está en manipularla al servicio exclusivo de nuestro egoísmo, vaciándola de su verdadero contenido. El Dios del amor revelado en Jesucristo no pide su supresión ni su menosprecio. Nos invita, más bien, a vivirla en toda su plenitud descubriendo todas las exigencias y posibilidades que encierra para amar.

**79.** *El poder* obtenido de manera justa y puesto al servicio de sus destinatarios es un bien para la convivencia humana. El riesgo está en abusar de él para utilizarlo de manera injusta, para un provecho propio o partidista, en contra del bien de la comunidad. El Dios que se nos ha acercado en Jesús, «no para ser servido sino para servir» (Mc 10,45), no menosprecia la autoridad ni el poder. Pero nos recuerda que su verdadera grandeza está en el servicio. «Si uno quiere ser el primero... ha de ser el servidor de todos» (Mc 9,35).

**80.** *La patria* propia de cada uno y *el pueblo* en que hemos nacido y al que pertenecemos son realidades entrañables y necesarias para que el ser humano crezca y se desarrolle como tal. La tentación del hombre, sobre todo cuando se ve amenazado en su identidad o en sus raíces, está en encerrarse ciegamente en su propia patria o pueblo, negando o combatiendo a los otros. En Jesús se nos revela un Dios que ama a su pueblo de Israel, pero lo abre a la solidaridad con los pueblos gentiles.

**81.** *La religión* es, sin duda, una de las realidades más dignas del hombre. Es una equivocación menospreciarla indebidamente en contraste con la fe. El Dios de Jesús no ha querido ahogar el movimiento religioso del hombre que, atraído por el misterio en lo más profundo de su ser, intenta abrirse a él con sus medios pobres y limitados. Lo que sí ha hecho es desenmascarar los intereses, hipocresías y manipulaciones que pueden corromperlo, y advertimos que hemos de dejar siempre la ofrenda delante del altar y marchar a reconciliarnos con el hermano antes de presentarla a Dios (Mt 5,24).

### • ***Cómo superar la tentación idolátrica***

**82.** Nuestra primera determinación ha de consistir en tomar conciencia de las adherencias idolátricas que adulteran o empañan nuestra fe en el Dios único.

No es tan sencilla esta operación. Hay en todos nosotros intereses que se nos ocultan a nosotros mismos y nublan nuestra mirada. No basta la lucidez mental. Nuestro bienestar y nuestro orgullo se resisten al destronamiento de los

ídolos. Por todo ello, nos hace falta honestidad para descubrirlos y valor para asumir luego las consecuencias.

**83.** Se impone después reaccionar con libertad frente a la seducción y a la dictadura a que los ídolos nos someten. No olvidemos que los ídolos nos son impuestos por la complicidad entre nuestros deseos interiores que los apetecen y los intereses exteriores que los promueven.

No es fácil resistir a las presiones que recibimos desde dentro y desde fuera de nosotros. Menos aún en una sociedad idólatra, que valora en otro modo y medida todas estas realidades. Pues exige estar dispuestos a ser tachados de intransigentes, de utópicos o de reprimidos, y ser orillados por los poderes de este mundo. Es el precio a pagar en esta sociedad para ser más libres y más humanos.

### **Educación en la fe**

**84.** La fe deformada reclama una purificación que nos vaya acercando al verdadero rostro del Dios de Jesucristo.

Si Dios se nos ha querido revelar en Jesús, no podemos nosotros ahora quedarnos satisfechos diciendo que «de Dios nada sabemos» y que la mejor teología es el silencio y el enmudecimiento admirativo. No es tampoco legítimo que pretendamos encerrar al Dios de Jesucristo en nuestras ideas filosóficas del Absoluto. Es el Dios crucificado el que nos debe revelar qué y cómo es el Absoluto y no viceversa.

Entrevemos que por aquí se nos ofrece hoy el camino verdadero para enriquecer nuestra fe y nuestro conocimiento en Dios, precisamente en este tiempo aleccionador de crisis espiritual.

Como pastores preocupados de la fe de nuestro pueblo, no podemos menos de dirigirnos con especial apremio a los teólogos, pensadores, escritores y profesores de nuestras diócesis. No silenciéis el nombre de Dios. Como cristianos y como intelectuales hijos de este tiempo concentraos en la tarea de pensar de nuevo a Dios a la luz de Jesús. Ofrecednos el Dios revelado en la muerte y resurrección de Jesucristo. Ojalá logréis, con vuestro insustituible servicio, alegrar y alentar en la fe a nuestro pueblo.

**85.** Sabemos, sin embargo, que la mejor manera de conocer a Dios es vivir tratando de parecerse a Él. «Acercarse a Dios es asemejarse a Él. Apartarse de Él es deformarse a uno mismo» (San Agustín).

Los cristianos tenemos un camino real para conocer a Dios de esta manera vivencial y práctica: el seguimiento a Jesús. Vivir sus opciones y actitudes, dejarnos guiar por su Espíritu, es ir impregnándose del conocimiento de Dios. A todos los que deseéis conocer al Dios verdadero, incluso a los incrédulos, os invitamos a que os arriesguéis a intentar vivir el Evangelio.

- **Líneas básicas**

**86.** Desde esta voluntad de seguir a Jesús, queremos apuntar algunas líneas básicas de la educación en la fe.

Educar para la *confianza*. Paradójicamente, pertenece a la entraña misma del hombre sentir simultáneamente la necesidad y la dificultad de confiar en otro.

Nuestra capacidad de confiar está tocada hoy de raíz en esta sociedad, removida en sus propios cimientos, que pone en cuestión tantas cosas consideradas hasta hace poco como definitivas y mira con preocupación su propio futuro incierto. Siendo la fe un movimiento de confianza, la dificultad básica de confiar acrecienta la dificultad de creer. Por eso, trabajar por un mundo más habitable, hacer a los otros la vida más llevadera, ofrecer amistad y refugio, ayudar a las personas a liberarse de sus miedos y angustias, enseñar a confiar, es preparar para la fe.

**87.** Educar para la *gratuidad*. Uno de los rasgos básicos de la sociedad técnica moderna es el esquema de productividad. En ocasiones, la vida parece reducirse a utilidad, rendimiento y eficacia. Lo gratuito queda olvidado o arrinconado a un lugar muy secundario. Sin embargo, la existencia en su misma raíz no es fabricación sino regalo. Por otra parte, Dios es justamente Aquél que se os entrega gratuitamente en su Hijo. Si no entendemos de gratuidad difícilmente entenderemos de Dios. Por ello, inyectar un nuevo aire de desinterés y gratuidad en nuestras relaciones, no vivir exclusivamente bajo el signo de lo útil y eficaz, educar para la gratuidad, es facilitar el encuentro con el Dios gratuito.

**88.** Educar para la *solidaridad*. El vigente sistema de producción cuyo motor principal es el lucro, predispone a poseer y ganar más bien que a compartir y ayudar. La mentalidad consumista imperante, por su parte, genera insolidaridad. En este clima, no es fácil sintonizar con un Dios trinitario que es comunidad solidaria en sí mismo y se nos comunica generosamente en la creación y salvación. Vivir con generosidad, aprender a compartir, educar para la solidaridad, es educar para el encuentro con ese Dios.

**89.** Educar para la *libertad*. También la libertad se ve hoy amenazada por una organización social que determina al individuo desde fuera. Criterios, costumbres, tipo de trabajo y diversión vienen impuestos por unas «leyes de funcionamiento social» que van creando un mundo cada vez más uniforme y cada vez más alejado de la decisión subjetiva de las personas. La libertad humana ha construido un mundo que ya apenas puede controlar. Defender y avivar la libertad del hombre, trabajar por su liberación, educar para la libertad, es educar para el encuentro con Aquél que es Libertad absoluta y fuente de liberación.

- **Actitudes religiosas**

**90.** Jesús mismo nos ha trazado en la primera parte del Padrenuestro las actitudes fundamentales que purifican nuestra fe.



*Santificar el nombre de Dios* significa dejarle ser Dios en nuestra vida y procurar que lo sea en la vida de nuestros hermanos.

Existe una actividad privilegiada por la que santificamos el nombre de Dios: la oración. Orar es una manera práctica de reconocer que Dios es Dios. Cuando oramos elegimos a Dios con todo nuestro corazón, con todas nuestras fuerzas, con toda nuestra mente.

Orar es, al mismo tiempo, un modo práctico de confesar que ninguna de las personas o cosas que amamos son dioses para nosotros. Él es el Primero y el Último, el Alfa y la Omega. No se trata de un Dios rival de nuestros amores sino de Aquél que hace que lo que amamos sea digno de nuestro amor.

Orar es, además, una forma práctica de reconocer que nosotros no somos Dios, sino seres indigentes necesitados de su presencia y de su salvación, incapaces de salvarnos a nosotros mismos.

Orar significa que nos situamos en el hueco entre la presunción de quien se cree autosuficiente para salvarse y la desesperación de quien considera que no es posible la salvación. «El que no ora, no espera» (E. Schillebeeckx).

**91.** *Buscar el Reino de Dios* es trabajar por su advenimiento progresivo a nuestro propio corazón, al seno de nuestra sociedad y a la marcha de la historia. Es, preferentemente, convertir la Buena Noticia del reinado de Dios para los pobres en buena realidad. En otras palabras, es comprometerse con los pobres, descubriéndolos entre nosotros, acercándonos a ellos, defendiéndolos de quienes los marginan y compartiendo su suerte.

**92.** *Hacer la voluntad de Dios* presupone, en primer lugar, descubrirla. No siempre esta voluntad es clara. Se deja entrever en la palabra de Dios, en las necesidades de los demás en los signos de los tiempos, en los movimientos del propio espíritu, en las indicaciones de los responsables de la comunidad. Un corazón turbio no descubre lo que Dios quiere. Hace falta purificar el corazón para purificar la mirada que busca la voluntad de Dios.

En segundo lugar, hacer la voluntad de Dios es costoso pues no coincide exactamente con nuestros deseos. En una vida guiada por la fe, los deseos son sometidos a una verdadera purificación pascual que los va transformando y acercando a la voluntad divina. En la religiosidad espontánea, el hombre pretende acomodar la voluntad de Dios a la suya. Aquí, por el contrario, se busca ajustar nuestros deseos a la voluntad de Dios.

Y sin embargo, a medida que va madurando en su fe, el creyente experimenta el gozo de hacer la voluntad de Dios. Es el tercer rasgo de la voluntad de Dios. Quien se acoge fielmente a ella, puede decir con el salmista: «Tus mandatos son la alegría de mi corazón» (Sal 118,19). Tiene la experiencia de que la voluntad de Dios, lejos de negar nuestros deseos más profundos los cumple tras haberlos purificado. La voluntad de Dios se nos muestra entonces no como algo impuesto contra nosotros sino como la respuesta radical al más profundo deseo del corazón humano.

## CONCLUSIÓN

**93.** Hemos querido ofrecer nuestra ayuda para descubrir mejor el contenido de nuestra conversión a Dios. En este tiempo cuaresmal, todos, creyentes y pastores, religiosos y laicos, hombres y mujeres, jóvenes y adultos, somos invitados a madurarla bajo la acción del Espíritu. Para ello nos brinda la Cuaresma el cauce habitual, rico en posibilidades:

- la liturgia cuaresmal diaria en torno a la Eucaristía y la celebración de las horas, con su itinerario progresivo desde el Miércoles de Ceniza hasta la Pascua. Os invitamos no sólo a una intensa participación, sino a una escucha obediente de la Palabra de Dios;
- la celebración personal y comunitaria del sacramento de la Reconciliación. Os invitamos a acercaros, en este sacramento de la conversión cristiana, al Dios misericordioso de Jesús y a vivir la experiencia cristiana de ser perdonados por Dios y la llamada a ser transmisores de perdón en una sociedad como la nuestra tan necesitada de reconciliación;
- la entrega más intensa a la oración y al amor fraterno. La oración más asidua nos revelará a Dios y preparará nuestro espíritu para el encuentro con Él. El amor fraterno, hecho compromiso, nos abrirá la mirada para descubrirlo en los hermanos;
- la austeridad y sobriedad penitencial orientadas al mismo tiempo a purificar nuestro corazón de los ídolos del confort y del orgullo y a compartir nuestros bienes con los necesitados. El abandono de los ídolos irá abriendo en nosotros espacio para el Dios vivo. El gesto del compartir propiciará en nosotros una sintonía con Aquél que «quiso compartir la condición humana para que nosotros pudiéramos compartir su condición divina».

**94.** Que María, que supo acoger a Dios en su alma antes que en su seno, nos enseñe a acoger a Aquél que nos sigue llamando: «Me he dejado encontrar de quienes no preguntaban por mí; me he dejado hallar de quienes no me buscaban. Dije: ‘Aquí estoy, aquí estoy’» (Is 65,1-2).

Que la celebración viva del misterio de Cristo, muerto y resucitado por los hombres, haga nacer en nuestros corazones el agradecimiento y la alabanza a nuestro Dios: «¡Bendito sea Dios, Padre de nuestro Señor Jesucristo, Padre de las misericordias y Dios de toda consolación, que nos consuela en todas nuestras tribulaciones, para poder nosotros consolar a los que están en toda tribulación mediante el consuelo con que nosotros somos consolados por Dios! Pues así como abundan en nosotros los sufrimientos de Cristo, igualmente abunda también por Cristo nuestra consolación» (2 Co 1,3-5).

Pamplona y Tudela, Bilbao, San Sebastián y Vitoria  
12 de febrero de 1986  
*Miércoles de Ceniza*

- ✠ **José María**, Arzobispo de Pamplona y A.A. de Tudela
- ✠ **Luis María**, Obispo de Bilbao
- ✠ **José María**, Obispo de San Sebastián
- ✠ **José María**, Obispo de Vitoria
- ✠ **Juan María**, Obispo Auxiliar de Bilbao